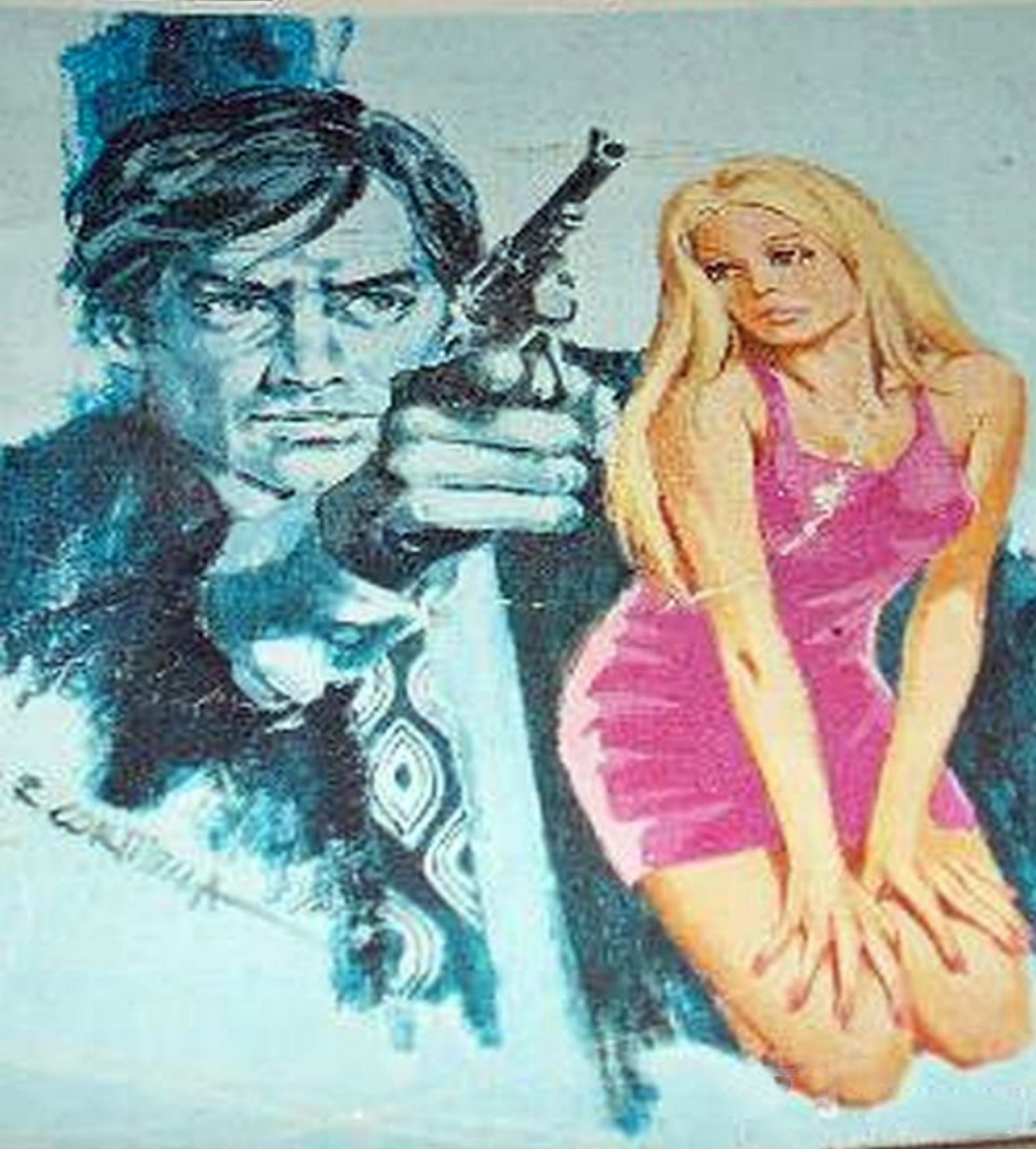




elegi el infierno

burton haro



ELEGI EL INFIERNO

BURTON HARE



Colección PUNTO ROJO n.º 639

Publicación semanal

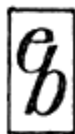
Aparece los SABADOS

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA — BOGOTA — BUENOS AIRES — CARACAS — MEXICO

COLECCION

PUNTO ROJO



ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.241. —Amor con sangre entra.

En Colección PUNTO ROJO:

626. —Extraña manera de morir.

ISBN 84-02-02520-X

Depósito legal: B. 22.623 — 1974

Impreso en España — Printed in Spain

1ª edición: julio, 1974

© Burton Haré — 1974 texto

© Rafael Cortiella — 1974 cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de

Editorial Bruguera, S.A.

Mora la Nueva, 2 — Barcelona — 1974

CAPÍTULO PRIMERO

ERA una verdadera rubia color de miel, y no creo que ni el esteticista más exigente hubiera podido encontrar el menor reparo en su anatomía.

Por descontado, tenía unas piernas largas y de trazo suave y lleno, con unas caderas que seguramente daban las medidas justas del baremo con que deben medirse estas cosas, si es que existe ese condenado baremo.

Su cintura era una filigrana tan breve que uno temía verla quebrarse de un momento a otro, sobre todo teniendo en cuenta el peso y las proporciones que había más arriba, ampliándose deliciosamente con unos senos prietos, agresivos, que escarnecían todas las leyes de la gravedad.

En aquellos momentos, sobre cada uno de ellos llevaba una hoja de alguna planta exótica, y que el diablo me lleve si supe cómo se sostenían.

Más abajo, otra hoja semejante parecía perdida en aquel mar de piel dorada.

Excepto el cabello, eso era todo lo que llevaba encima cuando apareció en la pista, entre un sonoro redoble de tambores.

Se hizo un silencio absoluto en el local. Tan absoluto que hasta pareció que las respiraciones se habían detenido.

Detrás de mí, en el mostrador, un mozo dejó un vaso y el sonido fue tan escandaloso como un cañonazo.

Después, ella empezó a cantar.

No tenía una voz excesivamente buena, pero eso maldito si le importaba a nadie mientras pudieran mirarla.

La miré, por supuesto.

Su rostro mostraba una absoluta indiferencia ante la voracidad de cuantos estábamos allí, convertidos en estatuas. No obstante, sus labios llenos y rojos hablaban de la futilidad de su indiferencia, y sus ojos eran de un verde profundo que en el peor de los casos delataban en ella un temperamento pasional, y también, quizá, calculador como una computadora.

Teniendo en cuenta que yo estaba allí por su causa, había una razón adicional para que la examinara de arriba abajo, pulgada a pulgada, y de abajo arriba para convencerme de que todo lo que veía era realmente

el cuerpo de una mujer de carne y hueso y no una quimera.

No recuerdo qué fue lo que cantó. No creo que nadie lo recordase cuando cesó de cantar. Pero estalló un terremoto de gritos y aplausos, chillidos subidos de tono mientras ella los agradecía sin sonreír, con ligeras inclinaciones de cabeza.

Tenía que interpretar un segundo número, así que poco a poco los exaltados caballeros que poblaban las mesas, olvidados por completo de sus respectivas acompañantes, cesaron en su ruidoso entusiasmo y optaron por el silencio.

Esta vez su canción fue incluso más ardiente que la primera, con la mujer evolucionando, lenta y suavemente, alrededor de la pista, junto a las mesas. Tan cerca, que uno esperaba ver a cualquiera de los encandilados espectadores perder la brújula y arrancarle de un zarpazo las hojas exóticas...

Su canción adquirió pasión a medida que avanzaba. Estaba en la cúspide de la pasión cuando me vio.

Todo su hermoso cuerpo se estremeció, y su estremecimiento no tenía nada que ver con la pasión del canto. Luego, cuando pudo despegar sus ojos de mí, retrocedió y pudo captarse una nota falsa en la melodía.

Apenas terminó. Ni siquiera esperó a recibir los aplausos, sino que giró sobre sus pies desnudos y desapareció detrás de una pesada cortina de terciopelo azul, que quedó agitándose desmayadamente detrás de ella.

Apuré el whisky preguntándome qué infiernos estaba haciendo allí como un tonto.

Claro que sentía una cierta amargura.

Sólo amargura, porque la ira y la desesperación habían muerto hacía mucho tiempo.

¿O no?

Pedí otro trago mientras trataba de decidirme a una de esas dos cosas:

Largarme al infierno de allí o atravesar aquella pesada cortina y enfrentar la situación de cara. Después de todo, yo la había buscado durante más de un mes y ahora la tenía al alcance de la mano.

Apuré el segundo whisky, pagué, y como de costumbre desde mi regreso, tuve un condenado sobresalto con el precio.

Decidí súbitamente que debía dejarla en paz, olvidarla y al infierno con ella y todo lo demás.

Así que salté del taburete. No es que me sintiera feliz después de adoptar esa decisión, pero sin duda es la más sensata.

Y entonces la cosa se estropeó.

Los dos tipos se plantaron frente a mí cuando giré, y ninguno de los

dos hubiera ganado jamás un concurso de belleza, como no fuera en una sociedad de gorilas amaestrados.

—¿Marlowe? —dijo uno de ellos.

—Si.

—¿Adónde cree que va?

—Hablen mi idioma. ¿Qué pasa?

—Vamos a escoltarle hasta la calle. Y no vuelva, o nuestra escolta le llevará hasta el hospital.

—¿Quién dio la orden, ella?

—Andando y cierre el pico.

Yo había estado dispuesto a levantar el campo sin más. Había decidido apartarme de ella definitivamente.

Sólo que por mi voluntad.

Aquellos dos monos lo estropearon.

—Precisamente me disponía a largarme de aquí cuando ustedes han aparecido...

Sonrieron con suficiencia, seguros, maravillosamente seguros.

—Todos dicen lo mismo cuando llega el caso —rió el que hablara antes.

—Sólo que he decidido quedarme —añadí—. Por lo menos hasta terminar lo que ya no pensaba hacer.

Se quedaron boquiabiertos.

El más cercano tenía una boca como la puerta de un garaje. Abierta era algo Inquietante, de modo que se la cerré con un zurdazo que nació más abajo de mi cintura y subió igual que un cohete.

Sonó un chasquido y algo debió romperse en alguna parte. El tipo lanzó un alarido y salió volando.

El otro sabía cumplir con su trabajo. Debía haberlo cumplido a satisfacción durante mucho tiempo, y algunos individuos debían andar por el mundo con algún hueso astillado por su culpa.

Se lanzó adelante, blandiendo sus enormes puños como mazas.

Le paré con un puntapié más abajo del cinturón. Sus puños dejaron de martillear el aire para bajar angustiosamente en un intento de sostener el dolor.

Desde luego, se agachó. Eso fue demasiado, incluso para un tipo sosegado como yo.

Descargué un seco hachazo de arriba abajo con el borde de la mano. Le alcancé detrás de la oreja y en el último instante traté de restar fuerza al golpe porque tenía sobrada experiencia de sus efectos.

Lo conseguí sólo a medias. Su cabeza osciló y dio de frente contra el mostrador y de allí al suelo, donde quedó hecho un ovillo, sin quejarse ni rebullir.

El otro estaba sentado en el suelo, en el centro de la pista, sosteniéndose la mandíbula, muy preocupado.

La orquesta tocaba a todo pulmón, mientras la gente, en un coro, me miraba como si estuvieran ante un habitante de otro mundo.

Pero no todos. Cuatro ejemplares tan corpulentos como los dos primeros se abrían paso a empujones hasta colocarse en primera fila.

Empecé a ver las cosas de color rojo. Eso era mala señal. Tenía experiencia. Una experiencia amarga y siniestra.

Avanzaron los cuatro, separados, listos para hacerme trizas.

Si yo se lo permitía, por supuesto.

La niebla roja que de repente había aparecido se espesó. La lujosa decoración del local se esfumó, las mesas y sillas desaparecieron y la gente sufrió una extraña metamorfosis.

Agarré el taburete más cercano y lo estrellé sobre la cabeza del primero que llegó a mi alcance.

El segundo saltó como una rana y con su empuje me aplastó contra el mostrador. Bajo mis pies sentí la masa blanda del matón inconsciente.

Le hundí las puntas de los dedos en un costado y el hombre abrió la boca como un pez fuera del agua.

Llegaba otro que en su mano levantada empuñaba algo oscuro.

Levanté al fulano que se ahogaba y lo empujé. El recibió el trancazo descargado por su compinche.

El cuarto me pilló con un soberbio *uno dos* que me vació de aire los pulmones. Cuando volvió a la carga volteeé la mano y le clavé el borde en el cuello.

Giró tan deprisa que por un momento pareció que iba a echarse a volar. Fui tras él, ciego para todo lo que no fuera seguir peleando.

Le alcancé cuando se encaramaba al estrado de la orquesta. Debía buscar la salida por la que los músicos estaban atropellándose.

Pude cazarlo con un zurdazo que le tiró de cabeza al interior del enorme piano de cola. Di un manotazo a la barra que sostenía la gigantesca tapa y ésta cayó con estrépito, aprisionándole. Supuse que algunos huesos se le romperían.

Volví atrás. De los tres adversarios, quedaba uno con ganas de gresca. Para entonces, el local era un infierno de gritos y carreras y todo el mundo estaba empeñado en atravesar la salida a la vez.

El tipo agarró una mesa y la levantó. Me zambullí de cabeza estrellándome contra sus piernas. El, la mesa y yo rodamos por la encerada pista hasta que cesó el impulso.

Levantó la cabeza, estupefacto y aturdido. Pude cazarle con un buen trallazo de revés, y luego con un golpe a un lado del grueso cuello.

Ese golpe solamente me habría valido la descalificación en todos los combates de karate deportivo del mundo.

Sólo que allí no se trataba de hacer deporte.

El hombre se arrugó como una vela y se quedó muy quieto.

Me levanté trastabillando.

Estaba completamente solo en medio de la pista, si exceptuamos a los maltrechos mantenedores del orden en el local.

Fui al mostrador, donde el mozo se había esfumado. Pasé al otro lado, agarré una botella y bebí un buen trago a cuenta de aquella pandilla.

Luego atravesé la cortina azul y deambulé por un largo pasillo.

Había puertas por todas partes. Un grupo de músicos estaban acurrucados en un rincón, mirándome con indignación.

Tenían motivos, así que les dejé en paz y seguí buscando.

Una puerta que abrí correspondía a un camerino. Había cuatro o cinco bailarinas poniéndose o quitándose ropas. Estaban en un buen momento, en todo caso, porque chillaron y dejaron para otro momento lo que estaban haciendo.

Seguí buscando.

Ella estaba en la quinta puerta que abrí.

Aún llevaba puestas aquellas hojas milagrosas, pero se había echado sobre los hombros una especie de mosquitera transparente que en lugar de ocultar realzaba lo que había debajo.

Me detuve en el umbral. Ambos nos miramos largamente, sin hablar.

Descubrí de pronto que no tenía nada que decirle.

En realidad, ¿qué podía decirle en aquel momento, que había imaginado millares de veces la manera como la mataría?

Capítulo II

TAL vez transcurrió un minuto o un año, no lo sé.

Luego di un paso y dije:

—Soñaba contigo, muchacha... pero ni en sueños te imaginaba tan hermosa...

Entonces descubrí al individuo sentado en un taburete. El me miraba por encima del cañón de una pistola y parecía muy tranquilo.

—¿Quién es él? —indagué.

Sacudió la cabeza. Hizo un par de intentos para hablar, pero acabó dejándolo correr y desvió la mirada.

El hombre dijo:

—De modo que usted es ese Marlowe que todos daban por muerto...

—Confieso que yo elegí el infierno, pero me echaron a puntapiés.

—Yo soy Will Zender. Y déjeme decirle que esta noche ha metido usted la pata hasta el muslo al armar camorra aquí. Tengo influencias y voy a hacerlas valer.

—¿Esta pocilga es suya?

—Ya puede jurarlo. Y no es una pocilga. Me costó casi un millón.

—¿Cuánto le costó ella? —pregunté, señalando a la hermosa rubia.

Su rostro adquirió un poco más de color. Iba a decir algo cuando en el pasillo sonaron pasos precipitados.

—La fiesta continúa —dije.

—Para usted, se terminó. Voy a meterle un plomo donde más le duela si se mueve.

—Ya lo intentaron antes.

Detrás de mí aparecieron dos policías de uniforme. Ambos enarbolaban sus porras y se quedaron mirando a la rubia con ojos desorbitados.

Zender gruñó:

—Ya era hora de que llegaran. Desde que llamé por teléfono, ese tipo tuvo tiempo de pulverizarme el local...

—¿Es usted el señor Zender? —gorgoteó uno de ellos, despegando sus ojos con esfuerzo de aquel cuerpo dorado.

—Sí.

—¿Qué pasó?

—Pregúntenle a él. Pero háganlo fuera de aquí. Este tipo apesta, y ya me ha perjudicado bastante esta noche. Presentaré una denuncia en regla cuando haya evaluado los daños. ¡Llévenselo!

Hablaba a los policías en el mismo tono que emplearía para dirigirse a los mozos de la limpieza. O quizá con los mozos fuera más considerado si se acordaba a tiempo del sindicato.

Los dos guardias me empujaron hacia el pasillo. Lo último que vi de la rubia fue su mirada brillante, ardiente como el infierno.

Aquella mujer había sido mía.

Bueno, legalmente, aún lo era...

Sólo legalmente.

* * *

El sargento Peters no había cambiado mucho en todo el tiempo que llevaba sin verle. Sólo estaba un poco más grueso y había nuevas arrugas en torno a sus cansados ojos.

En realidad, todo él parecía cansado.

—¿Y ahora qué? —gruñó.

—No me lo preguntes. Ellos armaron el alboroto cuando ya me iba.

—Eso ya lo dijiste antes. ¿Sabes quién es Will Zender?

—El propietario de The Paradise.

Sacudió la cabeza.

—Estás atrasado de noticias.

—Llevo un atraso de tres años.

—Sí, claro... Zender sostiene el cabaret por pura diversión. En realidad es un poderoso industrial, influyente y podrido de dinero.

—¿Y qué?

—Si se lo propone te hará la vida imposible. ¿Dijo si pensaba presentar alguna acusación concreta contra ti?

—Seguro.

—Vas a verte en aprietos, Greg. ¿Por qué infiernos tuviste que armar todo este lío?

—No empecemos otra vez. Sabes lo que pasó, así que no me digas que repita la historia.

—Está bien, está bien: ellos te atacaron. Pero tú estabas allí dispuesto a provocar un alboroto. ¿Sí o no?

—Fui con esa intención, de acuerdo. Pero cambié de parecer después de verla a ella. —Qué cosas...

—No podría explicarte qué sentí cuando la vi, desnuda frente a todos aquellos papanatas y babosos, exhibiéndose de aquel modo. Sea como fuere, decidí que yo había estado portándome como un imbécil al soñar

con ella durante tanto tiempo... y decidí largarme. Sólo quería emborracharme en cualquier parte y dejar de pensar en Rachel, eso es todo. Sólo que aquellos gorilas lo estropearon.

—¿Sabías que ella había solicitado que te declarasen legalmente muerto al principio? —Sí.

—¿Y que ahora tiene presentada una demanda de divorcio?

Eso era nuevo para mí.

—¿Cómo no me han citado legalmente?

—Porque no te encontraron, supongo. No hace más de tres días que abriste tu oficina, y antes de eso ni siquiera yo sabía dónde andabas.

—He sido el estúpido más grande que ha existido nunca, Rob.

—Eso puedes jurarlo sobre un montón de biblias.

—¿Vas a encerrarme?

Ocultó una sonrisa.

—Veremos qué hace Zender... Seguramente se limite a reclamar daños y perjuicios.

Habrá un proceso y tendrás que pagar.

—Ahí es donde te equivocas.

Se encogió de hombros.

—Tú verás cómo te libras de este lío, Greg. Pero un proceso no te beneficiará precisamente para tu negocio. Ahora eres casi un perfecto desconocido, y si empiezas a tener publicidad negativa...

—No voy a pagarle un centavo a ese cerdo.

—Me limitaba a exponerte la situación.

—¿Puedo irme, Rob?

—Por mí, sí. Pero no te sorprenda que te echen el guante de nuevo cuando Zender presente su demanda.

—Gracias, Rob. Ya nos veremos.

—De eso estoy seguro.

Ya estaba junto a la puerta cuando él dijo:

—Greg...

—¿Sí?

—Ahora estoy ocupado, pero me gustaría que cenásemos juntos una de estas noches, para que me cuentes lo que pasó contigo.

—Cenaremos juntos cuando quieras. Pero no quiero hablar una palabra de eso. Ni ahora, ni nunca.

Salí y cerré detrás de mí.

Atravesé la sala de detectives. Casi todos ellos eran muchachos nuevos y no conocía a ninguno. Me pregunté por dónde andarían los otros, aquellos que unos años atrás poblaban aquella sala y con los que nos habíamos cruzado no pocas veces.

La calle estaba oscura y solitaria. La luz azulada del farol del

precinto se desparramaba por los escalones de piedra, llegando hasta la acera.

Me detuve a encender un cigarrillo. Los bares habían cerrado en todo el distrito. Si quería emborracharme tendría que hacerlo a solas, en mi reducido apartamento...

Eché a andar sintiéndome viejo de mil años.

Capítulo III

PASARON cuatro días en absoluta calma.

Al quinto llegó una citación en regla reclamándome cuatro mil dólares en concepto de daños y perjuicios.

Zender debía valorar su local a precio de oro.

Al sexto día, la denuncia tomó otro cariz cuando dos de los matones, desde el hospital, comisionaron a un abogado para que reclamara también.

Uno tenía la mandíbula rota. El otro se encontraba en estado crítico y se me advertía que en caso de muerte yo sería acusado de homicidio.

Todo un panorama.

Rob Peters me llamó por teléfono tan pronto tuvo conocimiento del estado del asunto.

—Saldré adelante —dije—. Y por descontado, Zender no va a cobrar un maldito centavo.

—Te aconsejo que tengas cuidado, Greg. Ya te advertí que ese tipo es peligroso. Tiene influencias en todas partes. Incluso se rumorea que piensan nombrarle presidente de su partido político.

—Así anda Washington, hermano.

—Déjate de sarcasmos. Es una situación muy seria.

—Muy bien, Rob. Lo tendré en cuenta.

—¿Aún no te ha salido ningún cliente?

—Todavía no. Hace sólo unos días que abrí de nuevo la oficina.

—Bien, si puedo hacer algo por ti, no dudes en llamarme.

—Gracias, Rob.

Colgué, fastidiado.

El matón en estado crítico no debió morir después de todo, porque no se presentó ninguna denuncia de homicidio contra mí.

Sin embargo, las otras siguieron su curso. Casi un mes más tarde recibí una citación para presentarme en el bufete de los abogados que velaban por los intereses del gran hombre.

No acudí. ¿Para qué?

Luego recibí una carta de San Quintín.

Le di vueltas entre las manos, porque no recordaba que ninguna de mis amistades estuviera encerrado en la penitenciaría del Estado.

Cuando la abrí encontré una breve nota, firmada por alguien llamado Bucky Devon, pidiéndome que fuera a verle, que deseaba encargarme un trabajo por el que estaba dispuesto a pagar la tarifa acostumbrada.

Perplejo, di vueltas a la carta entre mis manos. Para ser el primer trabajo que me caía en suerte era sorprendente que me llegara precisamente de presidio.

Examiné el sobre y me pareció advertir algunas cosas sospechosas en él, como si hubiera sido abierto una vez y vuelto a cerrar cuidadosamente. Las autoridades del penal debían estar al acecho de la correspondencia de los presos, seguramente.

De todos modos, trabajar para un presidiario no le haría ningún bien a mi crédito profesional. Estuve pensando encello un buen rato, hasta que decidí olvidarlo por el momento.

A la tarde apareció el primer cliente en potencia.

Era un individuo distinguido, alto, con una cara muy pálida y unos ojos que le miraban a uno como si calculara la distancia exacta en que debía mantenerlo.

—Usted es Greg Marlowe —dijo.

—Sin duda. ¿Qué puedo hacer por usted?

—Por mí personalmente, nada, afortunadamente.

Era un buen principio. Me eché atrás en el sillón basculante y dije, encendiendo un cigarrillo:

—Entonces, ¿por qué está usted aquí?

—Un cliente de mi bufete precisa de sus servicios, Marlowe.

—¿Es usted abogado?

—Ciertamente. Mi nombre es John Maddux. Mi cliente desea que se ocupe de su caso inmediatamente. Es importante.

—¿Quién es su cliente?

Titubeó. Estaba acostumbrado a preguntar él, no a ser interrogado.

—Por el momento, permítame que conserve su nombre en el anónimo. Los tratos los hará usted directamente conmigo. Igualmente, me informará a mí de sus progresos. —No estoy seguro de que me convengan sus condiciones.

—Estoy convencido de que aceptará usted el trabajo. A todo el mundo le interesa ganar cinco mil dólares.

Agucé el oído.

—¿Dijo usted cinco mil?

—Eso fue lo que dije.

—¿Más gastos?

Soltó un gruñido.

—Más gastos —concedió de mala gana—, pero procure no exagerar.

—De acuerdo; veamos de qué se trata.

Carraspeó. No parecía gustarle hablar del asunto. En realidad, no parecía gustarle nada, y menos que nada, yo.

—Mi cliente —empezó cautelosamente—, y por razones estrictamente personales, está interesado en localizar a cierta dama.

—Que no es su esposa, por supuesto.

—Por supuesto —replico, ceñudo—. Las últimas noticias que tuvo de ella fue que se había dirigido a Los Angeles.

—Siga, hasta ahora no me ha dicho nada.

—Le facilitaré una fotografía de ella, si acepta usted el caso, así como un anticipo de... digamos... quinientos dólares. ¿Le parece que el asunto puede interesarle?

—Tal vez. Pero necesito algo más para aceptarlo. Por ejemplo, quién es ella y qué es, en relación con su cliente. Si ella se largó quizá resulte que no desea ser encontrada precisamente.

—Eso no debe preocuparle. Usted sólo búsquela, y mándeme los informes a mí.

Pensé en los cinco mil dólares. Con el problema que yo tenía planteado a raíz de las demandas legales presentadas por Zender y compañía, ese dinero vendría como caído del cielo, porque sin la menor duda iba a necesitar un buen abogado...

—Conforme —acepté—. Veamos esa foto.

Abrió su ligera cartera de mano y colocó sobre la mesa una foto tamaño postal. Correspondía a una muchacha de unos veintitantos años, deliciosamente hermosa, con esa cara que hace pensar a los hombres en un cielo azul, una playa desierta, el sol y el mar, y la noche quieta entre sus brazos.

—Se llama Libby Daley. Al parecer, tenía intención de probar suerte en el cine, ¿comprende?

—Si el cuerpo de esa mujer corresponde en belleza a su cara, apuesto que lo conseguirá.

—En Los Angeles se alojó en una pensión de Canal Drive... en el número mil cincuenta. Después, desapareció.

—¿Cuándo fue eso?

—Hace un par de semanas. Mi cliente trató de ponerse en contacto con ella en esa pensión, pero ya no estaba allí.

—Bien, ¿y por ese trabajo van a pagarme cinco mil dólares?

—Siempre que la localice, por supuesto.

—¿Y si fracaso? Si ella es independiente, sin familia ni compromisos, a estas horas puede hallarse en el Japón, pongamos por caso.

—Si en una semana usted no ha podido encontrarla, comuníquese conmigo y le diré lo que debe hacer. De todos modos, si fracasa, estoy autorizado a pagarle la mitad de los cinco mil dólares.

—Es un buen trato...

Revolvió dentro de su elegante cartera y sacó quinientos dólares en billetes, que depositó sobre la mesa.

Yo dije:

—¿Se inscribió en la pensión con su verdadero nombre?

—Sí: Libby Daley.

—Saldré esta misma noche, señor Maddux.

Asintió con un gesto, se levantó, estrechó mi mano y se fue.

Era un tipo estirado que no gustaba de andarse con cumplidos.

Llamé por teléfono a una agencia de viajes y encargué un pasaje para el avión de Los Angeles. Me informaron de que había uno que salía a las diez cuarenta. Había dos vuelos más antes que éste, pero estaban completos. Si deseaba aguardar por si se producía alguna vacante...

Dije que no, que el de las diez cuarenta me convenía, y colgué.

Salí a cenar en un tugurio de la misma calle donde tenía las oficinas. Después tomé un taxi y fui en busca del sargento Peters.

Pareció alegrarse de verme en libertad todavía.

—¿Cuándo se celebra el proceso, Greg? —exclamó.

—Maldito si lo sé. No creo que me importe mucho de todos modos. ¿Quién es Bucky Devon?

Enarcó las cejas.

—¿Alguien a quien crees que yo debo conocer?

—O tú o tus compinches. Devon está en el penal de San Quintín.

—Un presidiario, ¿eh? Estás ampliando el círculo de tus relaciones sociales... ¿Qué pasa con él?

—Pudiera ser un cliente en potencia.

Dio un respingo, sorprendido.

—¿Hablas en serio?

—Ocupate de averiguar algo sobre él, ¿quieres?

—No será difícil. Dame un poco de tiempo y...

—Nada de tiempo. Salgo esta noche para Los Angeles, y quiero tener una idea de ese tipo antes de largarme.

Me miró con cierta sospecha en sus ojos duros.

Luego, descolgó el teléfono y habló con alguien de jefatura.

Cuando colgó dijo con un gruñido:

—Llamarán en cuestión de minutos.

—Gracias, Rob.

—Háblame de ti. Estoy intrigado respecto a tu desaparición.

—Seguirás estándolo por mucho tiempo, si yo he de aclararte las dudas.

—Sabes que puedo averiguarlo si se me antoja...

—Apuesto a que no.

—¿Qué?

—Te apuesto que si lo intentas te llevarás la mayor sorpresa de tu vida, Rob; así que olvídale.

—Maldito si lo entiendo. ¿Por qué?

—Porque vas a darte de narices contra un muro. Te encontrarás con que ni siquiera existo.

—¿Estás hablando en serio?

—Completamente. Olvídale, Rob.

Me miró largamente. Luego murmuró:

—De modo que fue tan malo como todo eso, ¿eh?

—Peor.

—Por lo menos, espero que sacases lo suficiente para no tener preocupaciones económicas...

—¿Cuándo has visto que el Gobierno sea generoso? Lo único que saqué en limpio fue una brecha en la espalda por la que podría haber pasado un camión. Me quedó una cicatriz parecida a una autopista.

—Ya veo... ¿Y después?

—¿Después de caer herido quieres decir?

—Sí.

—De eso es de lo que no quiero hablar.

Se rascó la nuca, perplejo. Acabó encogiéndose de hombros y gruñó:

—De acuerdo, no volveré a preguntarte nada más al respecto, Greg.

Asentí y fumamos en silencio unos minutos. Luego sonó el teléfono y escuchó, replicando con breves monosílabos.

Al colgar, dijo:

—Ahora lo recuerdo yo también. Bucky Devon lleva seis años en la penitenciaría.

—¿Por qué?

—Extorsión y chantaje. Un tipo muy listo. Tenía un tugurio en la costa donde se organizaban verdaderas orgías. Había cámaras ocultas, y con ellas, por lo visto, sacó películas muy instructivas. Lo planeó bien... pero le estalló en las narices casi al empezar.

—¿De qué modo?

—Una de sus primeras víctimas le denunció y luego se pegó un tiro. No pudo librarse ni con la ayuda de los mejores picapleitos del hampa.

—Entiendo...

—¿Ese va a ser tu cliente?

Sacudí la cabeza.

—Pudo haberlo sido.

—Ten cuidado, Greg. Devon es un mal bicho y te aseguro que el fiscal no le ha olvidado. Puede complicarte tu nascente negocio.

—Te dije que salgo esta noche para Los Angeles con otro trabajo. Devon era sólo una posibilidad si no hubiese tenido nada más a que

agarrarme.

—Me alegro. Los Angeles, en esta época, debe ser algo grande... Te divertirás.

—Lo intentaré por lo menos.

Le di las gracias y salí.

Había oscurecido por completo, pero aún era pronto para ir al aeropuerto, así que maté el tiempo visitando algunos de los viejos bares.

Sólo que nada era como yo lo recordaba. Unos habían reformado el local convirtiéndolo en lujosas cafeterías, impersonales y donde uno entraba por inercia, pero de donde volvía a salir apresuradamente porque se daba cuenta de que tanta asepsia resultaba cargante.

Otros habían cambiado de dueño y de clientela. Incluso de atmósfera.

O quizá quien había cambiado era yo...

Me habría gustado hallar las cosas como las dejara unos años antes, con los mismos tipos broncos, despreocupados, retorcidos como sacacorchos la mayoría pero donde uno siempre sabía a qué atenerse.

Ya no quedaba nada de todo eso.

Bebí un poco, hasta convencerme de que en esos lugares estaba tan desplazado como un pez en la Luna.

Al fin llegué a mi pequeño redil, preparé una valija de mano y, tras cazar un taxi, hice que me llevara al aeropuerto.

Decididamente, el mundo había cambiado mucho en los últimos tiempos, pero si uno se detenía a pensarlo no era sólo el mundo... era uno mismo.

Lo malo era que el cambio en uno mismo había sido para empeorar en todos los aspectos...

Capítulo IV

LOS Angeles.

Desde el aire ni siquiera se veían los millones de luces que debían relampaguear en la noche, tan espesa era la bruma que envolvía la ciudad. No creo que el célebre *puré de guisantes* de Londres alcanzara jamás tales proporciones y densidad.

Una vez abajo, sobre la tierra, la cosa no era tan mala si uno olvidaba el ahogo, el estrépito y las condenadas prisas de todos los malditos conductores.

La noche de mi llegada me inscribí en un modesto hotel, y por la mañana busqué Canal Drive a bordo de un taxi.

La pensión era exclusiva para mujeres y la regentaba una matrona de proporciones impresionantes, que arrugó el ceño cuando le expuse el motivo de mi visita.

—Esa chica estuvo aquí apenas dos días —dijo después—. No sé su nueva dirección, no dijo cuáles eran sus planes cuando se fue y por consiguiente no puedo ayudarle. ¿Eso era todo, señor?

—Usted se las sabe todas, por lo visto.

—Usted no sabe la experiencia que proporciona una pensión exclusiva para chicas.

—Dígame otra cosa y la dejaré en paz. ¿Ha venido alguien antes buscando a Libby Daley?

—Nadie.

—¿Seguro?

—En absoluto. Sólo por teléfono... hubo una llama da cuando ella ya se había marchado.

—¿Una llamada de la ciudad?

—De larga distancia.

—Esa chica vino aquí esperando hacer algo en cine... ¿Le habló de eso?

—Ni una palabra. Bien es verdad que apenas si hablé con ella.

—¿Y alguna de sus otras pensionistas trabó relación con Libby?

—¿En sólo dos días? No, ninguna. Eso es todo Tengo mucho trabajo esta mañana.

—Es todo, gracias.

—Por nada.

—Eso es cierto.

Me alejé caminando por la sombreada calle. Los Angeles pudo haber sido un paraíso, pero la especulación y el desorbitado gigantismo lo habían convertido en un infierno, ruidoso, sucio y desagradable.

Anduve un buen trecho reflexionando sobre la mejor manera de enfocar el asunto. Libby Daley debía hallarse en alguna parte de esa megápolis aullante que me rodeaba a mí.

Y la chica tenía intención de meterse en el cine.

Ese es un camino muy difícil al que se llega por contados senderos, si exceptuamos los casos excepcionales.

Uno de esos senderos pasa por el diván de los productores. Es un camino sucio, pero efectivo para obtener pequeños papeles y lugares en la figuración. Si Libby había decidido recorrer ése precisamente, posiblemente no podría encontrarla ni en un año. Otro camino era el de las agencias.

Era más lento, por supuesto, pero más seguro que el del diván, o por lo menos proporcionaba más trabajo con el tiempo aunque una muchacha no alcanzase nunca el estrellato.

De modo que decidí empezar por las agencias.

Entré en un bar, atrapé la mastodóntica guía telefónica profesional, pedí café negro y sentado a una mesa copié una lista de agencias exclusivamente dedicadas a representar actores y actrices.

Resultó una lista endemoniada. Si no me acompañaba la suerte, tenía tarea para un mes.

La suerte, desde luego, no me acompañó. Pateé la ciudad de un extremo a otro; perdí horas aguardando en las salas de espera de los representantes, quedé ronco haciendo las mismas preguntas y me dolió el brazo de tanto mostrar y retirar la fotografía de la muchacha.

Nadie la conocía. Ni un maldito agente parecía haberla incluido en sus listas de futuras glorias del celuloide.

De cualquier modo, era asombroso que después del ruinoso declive de Hollywood aún quedasen tantos representantes de artistas. Resultó algo que jamás hubiera imaginado.

Al cuarto día de arrastrarme de una oficina a otra la suerte cambió.

Había hecho antesala en compañía de dos tristes representantes del mundo de la farándula, y de un individuo que se presentó a sí mismo como humorista. Juzgando por los chistes que deslizó en la conversación, no iba a encontrar trabajo ni en mil años.

Una secretaria pelirroja, de cuerpo lleno a rebosar, me había acompañado hasta el despacho del gerente y éste, tras ver la fotografía, había dicho;

—Libby Daley... ¿Para qué la busca usted? ¿Tiene un contrato para

ella? Si es así, le advierto que deberá reservarme el diez por ciento acostumbrado, ya que la tengo en exclusiva.

Me recosté en el asiento y lancé un largo suspiro.

—Nada de contratos —dije—. Todo lo que necesito es hablar con ella.

—¿Respecto a algún trabajo?

—Baje de las nubes. He venido desde San Francisco para localizarla, eso es todo. Tengo un recado para esa chica.

Hizo una mueca y sacudió la cabeza.

—Hubiera sido demasiada suerte —confesó—. En estos tiempos, uno está dispuesto a agarrarse a cualquier cosa, ¿sabe?

—Le creo. ¿Dónde puedo ponerme en contacto con ella?

—Pídale la dirección a mi secretaria cuando salga. A propósito... ¿Hay mucha gente esperando ahí fuera?

—Un humorista y dos futuras estrellas.

Lanzó un juramento y trató de sonreír.

—Podría haber sido peor —cacareó—. Hay días que viene una fauna increíble. Oiga, ahora que se me ocurre... No ha dicho qué es usted.

—Detective privado.

—Lo suponía, claro. Adiós, Marlowe, y suerte.

—Lo mismo digo.

La secretaria anotó unas señas en un pedazo de papel y regresé a la calle deseando respirar aire limpio.

En Los Angeles, eso no pasaba de simple deseo. No había aire limpio en ninguna parte. Había ocasiones en que pensaba que no quedaba aire de ninguna clase, ni limpio ni contaminado...

Las señas que llevaba en el papel correspondían a un difirio de buen aspecto, aunque era indudable que había conocido mejores tiempos.

Enclavado en la falda de las colinas, el taxista casi se volvió loco para encontrar la retorcida calleja. Entré, subí las escaleras hasta el tercer piso y llamé a la puerta.

Esta se abrió como si me hubiesen estado esperando. Una mujer quedó enmarcada en el umbral, y era una dama digna de verse.

Pero, desde luego, no era Libby.

—¿Qué pasa, vende usted algo? —me espetó, con gesto aburrido.

—Busco a Libby Daley.

—No está aquí.

—¿Puedo entrar, o hemos de seguir hablando en el rellano?

Titubeó. Mirándome con sus enormes ojos azules, parecía valorar las posibilidades de acabar siendo víctima de un atentado sexual.

—¿Cómo se llama usted? —quiso saber.

—Marlowe. Y vengo de San Francisco.

—Entre...; veremos qué pasa.

Entré y ella cerró la puerta. Caminé delante de mí y todo su cuerpo adquirió un movimiento suave y cadencioso. Pensé que ni siquiera tocaba el suelo con los pies. Era algo inaudito... como si volara.

—¿Dónde diablos aprendió a andar de ese modo, hermana? —dije cuando llegamos a un pequeño salón alfombrado.

Se volvió. Una leve sonrisa aleteó en sus labios gordezuelos.

—Asistí a una academia durante un tiempo... cuando todavía creía en cuentos de hadas. Aprendí a andar, a moverme, a declamar... Lo único que no me enseñaron fue la manera de entrar en el mundo del cine.

—No cabe duda que en todo lo demás hicieron un buen trabajo.

—Si deja de desnudarme con la mirada, estoy dispuesta a escuchar lo que tiene que decirle a Libby.

—Hermana, eso sólo se lo diré a ella. Usted sólo dígame dónde anda y...

Sacudió la cabeza y rió entre dientes.

—Llegó tarde, amigo. Y no vuelva a llamarme hermana. Tengo un nombre, ¿sabe? Incluso me bautizaron... hace algún tiempo: Ellen Reel. Si hubiese podido trabajar en la pantalla, habría cambiado el nombrecito, pero ahora ya lo he dejado correr.

—No es un nombre muy malo. ¿Qué quiso decir con eso de que he llegado tarde?

—Libby emprendió una excursión. A estas horas debe estar en algún lugar de México. Tenían la intención de empezar por Tijuana, y luego seguir internándose en el país.

—Decididamente, la suerte está reñida conmigo. ¿Con quién se fue, puede decírmelo?

—Desde luego que no. Ella es libre para hacer lo que quiera... y con quien quiera. Por lo menos, eso dijo cuándo me pidió compartir el apartamento conmigo.

—Por lo que yo sé, le dijo la verdad.

—Ahora hablemos un poco de usted, señor Marlowe. ¿Por qué busca a Libby? Y no me diga que es un detective y que no puede revelar nada de su trabajo.

No pude menos que reírme.

—Eso es ciertamente lo que iba a decir.

—¿Detective?

—Ajá.

—¡Oh, no! Eso sólo sucede en la televisión. De veras, ¿qué es lo que pasa con Libby?

Le mostré mi vieja credencial y aun así le costó creerlo.

—¡Cuernos! —exclamó—. ¡Uno de esos fisgones que salen en la tele! Vamos a celebrarlo.

Saltó hacia un pequeño aparador y preparó dos vasos con hielo y mucho whisky. Vino a sentarse a mi lado y brindamos en silencio.

Era un buen whisky.

Y ella era una gran chica, aparte de su anatomía soberbia.

En este aspecto, tenía muchas semejanzas con Rachel, en lo tocante a proporciones anatómicas.

Pero su rostro era distinto. Muy distinto.

Muy bello, por supuesto; con pómulos altos, frente despejada, labios gordezuelos y rojos y una mirada de terciopelo.

—Tenía entendido que Libby pensaba probar suerte en el cine también —dije, para romper el silencio.

—Esa es su intención.

—Bien, no creo que en México encuentre más oportunidades que aquí, Ellen.

Sacudió la cabeza, y su melena negra osciló como un manto.

—Tiene tiempo. Ella lo conseguirá.

—¿Por qué ella sí y usted no?

—Es un proceso un tanto delicado. Yo amo el cine.

Lo llevo dentro, si es que comprende lo que quiero decir. Pero a pesar de todo eso, no puedo aceptar las servidumbres que al parecer lleva consigo introducirse en el ambiente.

—¿A qué se refiere?

—Ya sabe... «Citas previas», pruebas privadas en el apartamento del productor, o el jefe de repartos, donde invariablemente hay un gran diván y cosas así.

—Entiendo. ¿Y qué va a hacer?

Desvió la mirada y ya no tenía ningún deseo de bromear.

—Creo que volveré a mi casa, en Kansas. Ahora hago algún trabajo para la publicidad... Fotos anunciando cualquier mejunje. Pero...

—Kansas, ¿eh?

—Hay un pueblo llamado Stafford, cerca de Wichita. No es gran cosa; se conoce todo el mundo y los domingos se baila en un par de lugares que ya vieron bailar a nuestras abuelas. Pero una sabe siempre a qué atenerse con la gente.

—Apuesto que es un pequeño paraíso.

—Lo es. Oiga, usted no parece uno de esos detectives descarados que una ve en la tele. —Quizá porque envejecí demasiado aprisa —dije, levantándome.

—Ahora es cuando no lo entiendo. Usted no tiene más de treinta años.

—Pueden tenerse treinta años y sentirse viejo. Una cosa es serlo y otra distinta sentirse viejo. Aunque no creo que sepa de qué le estoy hablando.

—Desde luego que no.

—Hágame un favor, Ellen.

—¿Sí?

—Estoy alojado en el hotel Pelikan. Si por cualquier causa Libby se pusiera en contacto con usted, díglele que me telefonee allí. ¿Lo hará?

—Eso no me cuesta nada.

—Gracias. Y también por el whisky.

Me escoltó hasta la puerta. La abrió y se quedó mirándome.

—Acabo de tener una idea absurda —dijo.

—¿Qué idea?

—Ni usted ni yo parecemos servir para lo que hacemos. O para lo que deseamos hacer. Lo pensé un poco.

—Creo que acaba de decir algo sobre lo que vale la pena pensar, muchacha —dije al fin.

—¿No tiene usted un pequeño lugar en cualquier parte?

—¿Quiere decir cómo su pueblo de Kansas? No, todo lo que tengo es un cuchitril en San Francisco. Adiós, Ellen.

Se quedó allí hasta que hube desaparecido escaleras abajo. Oí cerrarse la puerta arriba y sacudí la cabeza. Ojalá se fuera pronto a su refugio de Kansas.

Capítulo V

DESDE mi habitación del hotel llamé a Maddux. La voz del abogado era tan displicente como yo la recordaba.

—Estaba impaciente por saber noticias tuyas, Marlowe —exclamó.

—Este es un trabajo largo y tedioso.

—¿La ha encontrado usted?

—Sí y no.

—¿Está bromeando?

—Encontré el lugar donde vive actualmente. Pero Libby se ha marchado a Tijuana, supongo que en compañía de alguien.

—Comprendo.

—¿Espero que regrese o qué?

—Va usted a seguirla, Marlowe. Es imprescindible que la encuentre. Y cuando la tenga al alcance de la mano, llámeme. No hable con ella siquiera. Sólo sígala para tenerla siempre controlada.

—Oiga, Maddux, Libby pensaba seguir viaje al interior de México. Este asunto puede prolongarse una barbaridad.

—Cinco mil dólares también se prolongan una barbaridad.

—Quiero decir que voy a necesitar más fondos para gastos.

—¡Oh, claro...!

—Envíeme mil dólares al hotel Pelikan. Tan pronto los reciba saldré para Tijuana.

—Está bien, Marlowe. Me ocuparé de eso inmediatamente.

Colgó sin despedirse.

Abandoné el hotel y me perdí en las calles de Los Angeles.

Cuando me cansé de pasear entré en un cine. Se me ocurrió que tal vez Ellen estuviera aburriéndose. Sería agradable invitarla a cenar.

De modo que regresé al hotel cuando ya había cerrado la noche dispuesto a probar suerte.

El recepcionista me entregó la llave y dijo:

—Han habido dos llamadas telefónicas para usted, señor Marlowe.

—¿Cuándo?

—La última hace apenas quince minutos. La otra, a media tarde.

—¿Hombre o mujer?

—Una mujer, señor. Dijo que intentaría hablarle más tarde.

Subí a mi habitación un tanto preocupado. Si se trataba de Libby, podía cansarse de intentarlo.

Pero si había sido Ellen...

Descolgué el teléfono después de buscar el número en la guía y la llamé.

Su voz sonó clara y nítida, aunque un poco tensa.

—¿Marlowe? —exclamó.

—El mismo. ¿Ha telefoneado usted antes?

—No...

—¿Qué es lo que pasa, Ellen? Su voz suena muy rara.

—Quizá estoy un poco preocupada. Hablé con Libby esta tarde y le di su recado. —Entonces ha sido ella quien me ha telefoneado dos veces, aunque sin encontrarme aquí. ¿Por qué está preocupada, muchacha?

—Tonterías, supongo.

—Escuche, se me ha ocurrido que podríamos cenar juntos. Entonces podrá hablarme de esa preocupación. Estoy solo en Los Angeles y comer solo es muy aburrido, ¿no cree?

—¿Y si le llama Libby entretanto?

—Ese es el problema.

—Olvídelo. Tal vez mañana.

—¿Es una promesa?

Rió un poco, aunque no sonó como una risa alegre.

—Algo así. Buenas noches, Marlowe.

Colgó y yo quedé esperando.

Esperé hasta casi media noche. Entonces sonó el teléfono.

Salté hacia él y lo descolgué de un zarpazo.

—¿Marlowe? —susurró una voz queda—. ¿De San Francisco?

—Sí. ¿Es usted Libby Daley?

—¡Sí, sí! Oh, Dios... Por favor, no vaya a México. Regrese a San Francisco... ahora, esta misma noche...

—He de hablar con usted primero, Libby. ¿Desde dónde llama?

Sonó una especie de quejido y la oí murmurar:

—¡Es horrible! —Levantó un poco la voz y añadió—; ¡Por Dios, Marlowe, váyase...! Sonó un chasquido y el teléfono quedó mudo.

Poco a poco devolví el auricular a su soporte, preocupado.

Traté de analizar aquella voz.

Sin duda, reflejaba miedo.

Un miedo intenso.

La voz de una mujer tan asustada que no podía controlar sus palabras, casi incoherentes.

Bajé a recepción y pedí hablar con la telefonista.

Esta era una muchacha pizpireta, pecosa y de nariz respingona que le

daba una expresión alegre a su cara.

—La llamada que acaba de pasarme a mi habitación... ¿de dónde procedía? ¿Es posible saberlo?

—Imposible.

—Quiero decir, ¿podía ser hecha desde México, Tijuana por ejemplo? Sacudió la cabeza, sonriendo.

—Era una llamada local, señor Marlowe.

—¿Está segura?

—Desde luego.

—Gracias.

Salí disparado. Maldije en todos los tonos al no encontrar un taxi. No encontré ninguno hasta diez minutos después por lo menos.

* * *

Ellen abrió la puerta lo suficiente para atisbar por ella. Observé que conservaba puesta la cadena de seguridad.

—¡Usted! —exclamó, con voz queda.

—Déjeme entrar, Ellen. Es importante.

—¿Sabe usted la hora que es? Ya estaba en la cama.

—Lo lamento.

Cerró la puerta y oí correr la cadena. Luego me cedió el paso y cerró a mis espaldas.

—¿Qué ocurre?

Hablaba en voz baja aún, pero al darse cuenta de lo absurdo de ello, exclamó:

—¡Caray, Marlowe, qué susto me ha dado!

—Acabo de hablar con Libby.

—Bueno...

—Estaba aterrorizada por algún motivo.. Algo le sucede para que tuviera tanto miedo al hablarme. ¿Qué sabe usted de eso?

—De modo que también usted lo ha notado.

—Además, no está en México.

Desorbitó los ojos.

—¿Qué está diciendo? Ella se marchó rumbo a Tijuana.

—Era una llamada local. No cabe ninguna duda.

Fue a sentarse en una butaca y susurró:

—Yo también advertí que estaba asustada cuando hablé con ella esta tarde. De ahí mi preocupación Pero pensé que telefoneaba desde Tijuana. ¿Qué está sucediendo, Marlowe?

—No lo sé. Míreme, Ellen.

Lo hizo con desgana. En sus hermosos ojos había una sombra huidiza. Quizá fuera miedo también.

O quizá fuera otra cosa.

—Está mintiéndome, Ellen —le espeté sin rodeos—. Usted sabe desde dónde llamó Libby.

—¡Le juro que no...!

—¡Míreme, maldita sea!

De nuevo necesitó realizar un visible esfuerzo para sostener mi mirada.

Pero lo hizo.

—Libby puede encontrarse en un apuro, quizá en peligro. Su voz sonaba cargada de miedo. ¿No quiere darse cuenta?

Sacudió la cabeza y de nuevo miró a otra parte...

Alargué las manos y le obligué a mirarme, con una mano a cada lado de su bello rostro. —Ellen...

—Por favor, Marlowe.

—¿Desde dónde llamó?

—¡No puedo decírselo!

—¿No se da cuenta de que yo puedo ayudarla si está realmente en apuros?

—¡Le prometí que no le diría nada a nadie, y menos a usted!

—Ellen... confíe en mí. No trato de perjudicar en absoluto a su amiga, sólo ayudarla si lo necesita. ¡Infiernos! El terror vibraba en su voz cuando habló conmigo, pero colgó demasiado aprisa para que pudiera localizarla. Tal vez la vigilaban...

La vi titubear. Estaba muy pálida y sus labios, húmedos y carnosos, temblaban.

La atraje hacia mí poco a poco, sin apartar las manos de su cara.

Cuando la besé en la boca se puso rígida, pero no hizo nada por evitarlo. Luego, sentí cómo se relajaba y susurró:

—Estaba en un motel...

—¿En cuál?

—Marlowe, yo...

—Puedes confiar en mí, Ellen. Lo que no puedes hacer es desperdiciar más tiempo.

—Estaba en El Palmeral, un motel de la carretera de San Diego.

La besé otra vez y me levanté.

—He de alquilar un coche —dije, descolgando el teléfono.

—Marlowe, espera.

—¿Por qué? No puedo perder tiempo. Había algo en la voz de Libby que puso escalofríos en mi piel.

—Yo puedo llevarte. Tengo un coche.

Colgué el teléfono de golpe.

—¿A qué esperamos entonces? Anda, vístete.

Se miró de arriba abajo.

Yo también lo hice.

Llevaba una ligera bata sobre el corto pijama. En otras circunstancias sin duda hubiera hecho algo al respecto. Entonces sólo le miré.

Dio media vuelta y corrió hacia el dormitorio.

Quince minutos más tarde rodábamos en busca de la carretera de San Diego...

Capítulo VI

EL Palmeral estaba enclavado al final de un sendero de tierra, sobre un ligero altozano. Había luces en algunas cabañas, y en la recepción. Por lo demás, el terreno era un lago de tinta.

Detuve el coche en la plazoleta, frente a la puerta iluminada de la oficina. Apagué el motor y me recosté en el asiento.

Ellen susurró:

—¿Qué estamos esperando, Greg?

—Trato de encontrar una manera de hacer las cosas sin despertar sospechas.

—Sólo pregunta y...

—¿Crees que los administradores de un pudridero como éste responden así, sin más? Las parejas que suelen ser sus clientes no gustan de la publicidad y ellos lo saben. Es su negocio.

—Entiendo...

—Mira, cuando entre en la oficina colócate aquí, frente al volante, de modo que te dé la luz. Quiero que el fulano te vea bien.

—¿Por qué?

—Tú y yo somos una pareja en busca de un lugar discreto. Esta es nuestra noche de amor.

Dio un respingo. Pero sonrió.

—Ojalá lo fuera —dijo—, en lugar de ser una noche donde sólo hay inquietud.

—Repítelo cuando salgamos de aquí.

Abandoné el coche y subí el estrecho camino de grava hasta la iluminada oficina.

El tipo que había tras el mostrador tenía cara de rata. Sorprendí sus ojillos fijos en el coche, de modo que supuse que había visto bien a Ellen. Entonces dije:

—Mi nombre es Marlowe. Mi... este... mi esposa está en el coche.

—Sí, señor.

—Espere... habíamos quedado con unos amigos en reunimos aquí. No sé si han llegado ya o lo harán después. Si llegan más tarde, por favor, ¿querrá llevarlos a nuestra cabaña? —Por supuesto.

—Lo que me preocupa es si ya se han instalado... Mi amigo es muy

bromista; de modo que no sé con qué maldito nombre se habrán inscrito.

Se rascó la pelambreira. Comenzaba a preocuparse.

—Mejor será que tomen ustedes una cabaña. Si alguien viene preguntando por un señor Marlowe, se lo enviaré.

—¿Y si ya están aquí? Oiga, acaba de ocurrírseme una cosa. Tal vez han utilizado su verdadero nombre... Daley.

Sacudió la cabeza de un lado a otro.

Entonces di un respingo, como si acabara de recordarlo en aquel momento.

—¡Diablo! Tengo una foto de la muchacha... Espere... Sí, aquí está. Esta es la... la esposa de mi amigo.

—Bueno, pues su amigo se— ha inscrito con el nombre de Fulton. Señor y señora Fulton

—recalcó—. Cabaña número nueve. Pero si se quedan ustedes con ellos habrá de pagar igualmente un alojamiento completo.

—Por supuesto.

—Diez dólares, servicio aparte. Y si siguen aquí mañana a las doce del mediodía serán diez dólares más.

—Entendido.

Pagué diez dólares, más uno de propina. Firmé con mi nombre en el registro y regresé al coche después de averiguar la situación de la cabaña número nueve.

Ellen susurró:

—¿Lo conseguiste?

—Desde luego.

La muchacha condujo despacio, siguiendo mis indicaciones.

La cabaña estaba a oscuras. Al lado había un cobertizo para los coches, pero no pude ver ninguno allí.

—Apaga las luces. Luego estaciona el coche al lado de esos árboles y espera ahí.

—No vas a dejarme sola en esa oscuridad.

—Ahí es donde vas a quedarte. No sabemos qué puede haber en esa cabaña.

—Greg...

—¿Tienes miedo?

—Muchísimo.

La besé en los labios ligeramente y abrí la portezuela.

Ella susurró:

—¿Estás armado por lo menos?

—No. ¿Qué crees, lo que ves en la tele? La pistola es un estorbo nueve de cada diez veces.

Escuché con el oído pegado a la puerta. Dentro reinaba un silencio absoluto. Tal vez estaba desierta, pero a pesar de eso llamé con los nudillos.

No hubo respuesta alguna.

Al mover los pies fue cuando pisé algo resbaladizo. Estaba demasiado oscuro para ver de qué se trataba, así que encendí una cerilla y, agachándome, contemplé la oscura mancha que se extendía por debajo de la puerta hacia afuera.

Casi di un salto atrás.

Era sangre.

Roja y oscura sangre desparramándose como un torrente...

Retrocedí rechinando los dientes. Luego, corrí pegado a la pared hasta la ventana. Había unas cortinas detrás de los cristales, de modo que era imposible ver nada dentro.

Volví al coche. Ellen murmuró:

—¿No hay nadie?

—¿Tienes una linterna eléctrica en el auto?

—No... ¿Qué pasa, Greg?

—No te muevas de aquí. No trates siquiera de acercarte a la cabaña o te meterás en un lío de todos los diablos. Yo voy a la recepción.

Eché a correr antes que ella pudiera pronunciar una palabra.

El tipo con cara de rata empezaba a dormitar con la cabeza apoyada en los brazos cuando entré como una tromba.

—Saque la llave maestra y acompáñeme —dije abruptamente—. En esa cabaña ha sucedido algo serio.

—Mire, no me complique la vida. Le daré otra y en paz. Sus amigos tal vez quieran estar solos...

—¡Saque esa maldita llave!

—¡Maldita sea! Aquí no grita nadie más que yo...

Disparé las manos y le agarré por la camisa. Tiré y quedó tendido de bruces sobre el mostrador.

—¡La llave o le aplasto, condenada rata!

—¡Suélteme...!

Le sacudí un poco. Su nariz pegó contra el tablero y empezó a manar sangre.

—¡La llave!

Asintió, mirándome con toda la cólera del mundo en sus ojillos.

Pero sacó una llave de un cajón. Le obligué a rodear el mostrador y dije:

—Usted me acompañará. Quiero un testigo.

—Le juro que...

—No lo diga o le cerraré la boca.

Trotó a mi lado. Ellen continuaba en el coche, rígida y asustada.

Una vez ante la cabaña atrapé al tipo por el brazo y casi se cayó con el tirón.

—Cuidado con pisotear el suelo, junto a la puerta. Encienda una cerilla.

Lo hizo. Le oí soltar un quejido cuando vio la sangre.

Procurando no pisar la mancha, giré la llave en la cerradura y empujé.

La puerta se abrió como cincuenta centímetros. Allí, un estorbo pesado y blando le impidió seguir girando.

Encendí otra cerilla, introduje la mano y atisé.

Lo que había allí me revolvió el estómago.

Yo había visto la muerte en sus formas más abyectas, más sangrientas y sucias. Tal vez pocos hombres en el mundo pudieran decir lo que yo sobre el sadismo humano, la siniestra maldad de hombres con los instintos retorcidos y salvajes, peores que bestias...

Pero lo que había allí era superior a todo

Habían utilizado un cuchillo y el cuerpo desnudo de la muchacha estaba materialmente hecho pedazos.

Retrocedí y empujé al hombrecillo delante de mí unos pasos.

—Llame a la policía —ordené—. Y no desperdicie ni un minuto o le hundiré para el resto de sus días.

—Pero... pero...

Le restregué mi credencial por las narices.

—¿Quiere saber más todavía?

—No... este... lo siento...

En la oscuridad, sólo vio una credencial. No se entretuvo en averiguar si era de un policía o de un conductor de autobús.

De modo que salió volando en busca del teléfono.

Me reuní con Ellen en el coche y encendí un cigarrillo. Observé mis manos al hacerlo. Estaban firmes.

La cosa iba bien.

Entonces, le conté lo que había en la cabaña.

Capítulo VII

LOS policías hicieron un buen trabajo. Eran hombres expertos que sabían qué llevaban entre manos.

Con Ellen aún en el coche, entré en la cabaña con los agentes.

Uno de ellos vio el cuerpo, dio media vuelta y salió dando tumbos. Se fue a vomitar junto a los árboles.

El otro adquirió un llamativo color grisáceo, pero aguantó firme hasta que llegaron los de Homicidios.

Expliqué parte de la historia y tuve que repetirla dos veces antes de que me hicieran caso. Entretanto, los expertos hacían su trabajo.

Más tarde llegó un teniente llamado Workman en compañía del *sheriff* del condado. Hubo nuevas explicaciones, y de pronto el teniente exclamó:

—¡Un momento! ¿Ha mencionado usted el nombre de la persona que quería localizar a esta muchacha?

—No lo hice.

—Hágalo ahora.

—No, hasta que sepa a qué atenerme. Mi cliente no tiene nada que ver en todo esto. ¿Olvida que se encuentra en San Francisco a estas horas?

—Eso dice usted, Marlowe. No olvide que se trata de un caso criminal, y déjeme decirle que el más sucio con que he tropezado en toda mi carrera. Sólo un demente es capaz de cometer esta salvajada.

—O un asesino sádico.

—¿No es lo mismo? —rezongó—. Veamos el nombre de ese caballero de San Francisco.

—Deseo hablar primero con él. Tengo derecho a hacerlo y usted lo sabe. A menos que se demuestre que él estaba en Los Angeles a la hora en que se cometió el crimen.

Soltó un retorcido juramento, pero acabó accediendo. Sin embargo, antes de soltarme, me obligó a repetir mi historia mientras un taquígrafo tomaba notas.

Después gruñó:

—No abandone la ciudad sin advertirme, Marlowe. Y acuda a mi oficina por la mañana. ¿Entendido?

—No lo olvidaré.

Regresé al coche, junto a Ellen. La muchacha estaba pálida y terriblemente apenada.

—¿Por qué crees que lo han hecho, Greg? —susurró, mientras sacaba el coche del oscuro lugar.

—No lo sé. Ojalá lo supiera, porque entonces tendría una oportunidad de echarle el guante al bastardo que la ha matado. ¡Cristo! No olvidaré eso en todo lo que me queda de vida.

—Es horrible.

Detuve el coche frente a la oficina del parador y entré en ella.

Los policías habían dejado en paz al recepcionista de cara de rata y el hombre estaba aún asustado.

Cuando me vio, masculló entre dientes:

—Ya conté todo lo que sabía a los demás.

—Empiece otra vez —le espeté, aprovechándome de que aún seguía creyendo que yo era un polizonte—. ¿Cómo era el tipo que se inscribió con el nombre de Fulton?

—Delgado... pero tan alto como usted. Tenía una cara huesuda, con los ojos muy hundidos.

—¿Anotó la matrícula de su coche?

—Lo hizo. Cosa que usted olvidó.

—Yo soy un caso especial. ¿Verificó usted esa matrícula?

—No, pero cuando se alejó vi que era de Los Angeles. Y él había anotado una matrícula de Los Angeles. ¿Para qué iba a molestarme más?

Tomé nota de la matrícula que el fulano había hecho constar en el registro, aunque sin ninguna esperanza porque debía ser más falsa que un dólar impreso en multicopista.

—¿Había algo en ese Fulton que usted recuerde especialmente?

—Nada. Sólo su cara huesuda y cetrina y sus ojos muy hundidos.

Me largué, mascullando entre dientes.

Conduje de vuelta a la ciudad con el acelerador apretado a fondo, ceñudo, pensando en el pobre cuerpo destrozado por un maldito cuchillero.

A mi lado, Ellen no tenía tampoco ganas de hablar.

Sólo cuando estábamos llegando a los suburbios susurró:

—¿Crees que haya sido el hombre con el que emprendió su excursión, Greg?

Casi perdí el control del coche.

—¡Infiernos! ¿Es que le conoces?

—Le vi...

—¿Cómo era?

—Alto, delgado...

—Con la cara huesuda y los ojos muy hundidos —acabé por mi

cuenta.

—¿Cómo lo sabes?

Parecía muy sorprendida.

—Es la misma descripción que hizo el encargado del motel.
¿También sabes su nombre, Ellen?

—Harry Fulton.

—Exacto. ¿Qué más sabes de él?

—Apenas nada... Libby dijo que tenía una especie de estudio en Sharp House.

Esta vez detuve el coche al lado de la acera y la miré estupefacto.

—¡Maldita sea mi estampa! ¿Quieres decir que el tal Fulton vive en ese edificio?

Asintió con un gesto.

Pero no tenía sentido.

—Es absurdo... un asesino de esa especie no anda por el mundo buscando víctimas bajo su auténtica personalidad. No tiene pies ni cabeza.

—Tal vez no pensaba matarla y algo sucedió...

—Espera... déjame pensar un poco sobre todo este embrollo.

—Libby me había telefoneado y su voz estaba atemorizada sin ninguna duda. Ahora bien, no parecía asustada por ella, sino por mí. Me había suplicado que me marchara de la ciudad inmediatamente, que regresara a San Francisco...

De modo que temía por mí.

Eso aún tenía menos sentido.

—Piensa bien lo que voy a decirte, Ellen —mascullé con voz contenida—. Cuando hablaste con ella por teléfono esta tarde, ¿qué fue lo que te dijo?

—Sólo preguntó si alguien había preguntado por ella. Cuando le dije que sí, no pareció sorprenderse...

—¿Y después?

—Hube de decirle quién había preguntado. Naturalmente, le dije que un detective privado de San Francisco llamado Marlowe, que estaba muy interesado en hablarle. Le dije dónde podría encontrarte y después colgó.

—¿Eso fue todo? ¿No dijo nada fuera de lo normal?

—Nada, Greg. Estoy segura. Lo recuerdo todo muy bien, incluso que parecía asustada. No sorprendida por tu visita, sino asustada por algo.

—¿Tú dirías que ella esperaba que alguien apareciera, buscándola?

—Pues... sí. Creo que sí.

—Entonces no me temía a mí. «Ella temía por mí».

—No te comprendo.

—Quizá lo comprendas más tarde.

Puse el coche en movimiento y conduje hacia el hotel. Cuando llegamos, el recepcionista nocturno me llamó con una seña y, entregándome un sobre, explicó:

—Llegó por mensajero especial; urgente, señor.

Lo abrí. Contenía una orden de pago por mil dólares, extendida a mi nombre contra el Morgan Shaving Bank y estaba firmada por John Maddux.

Di las gracias y subí a mi habitación en compañía de Ellen. Detrás nuestro sentí la mirada cargada de reproches del empleado.

Una vez arriba, Ellen susurró:

—¿Por qué me has traído aquí, Greg?

Me volví y la miré a los ojos.

—Podría decirte que para recordarte cierta frasecita que pronunciaste en el motel... Desvió la mirada y susurró:

—No esta noche, Greg. Estoy tan trastornada...

—Tranquilízate. Cada cosa a su tiempo.

Saqué el maletín del armario y lo abrí con la llave.

La muchacha desorbitó la mirada cuando vio la enorme «Luger» que salió de entre las ropas.

Me coloqué la funda en el cinto, sobre el costado izquierdo. Luego comprobé la carga del arma y la enfundé.

—Esta es una ocasión tan buena como cualquier otra para imitar a los detectives de la televisión, querida —dije, tratando de tranquilizarla.

—¿Qué te propones, Greg?

—Buscar a ese Fulton. Todavía no puedo creer que el fulano haya sido tan imbécil como para andar por el mundo con su verdadera identidad, pero probándolo no pierdo nada. —Escucha... si él es el asesino, mejor será que hables con la policía. No... no necesitas arriesgarte, Greg.

—Nena, si realmente él es quien hizo lo que vi, te aseguro que todos los riesgos están de su parte. Vamos, aún necesito tu coche un poco más esta noche.

—Es una locura —protestó.

—Te llevaré a tu casa, si no te importa prestarme el auto.

—Iré contigo.

—Muy bien, pero te quedarás en la calle.

Sharp House se erguía en una avenida que en un tiempo no muy lejano había disfrutado de cierta importancia. Cuando conduje el coche por ella advertí que su importancia había cambiado de signo debido a la feroz especulación. Lo que antes fueron propiedades individuales estaban convirtiéndose en monstruosos bloques de hormigón que se

alzaban aquí y allá, humillando las casas de una y dos plantas que aún resistían la invasión monumental.

Dejé el coche y a Ellen en el bordillo y me aproximé a la batería de buzones.

Había uno a nombre de Harry Fulton.

O el tipo estaba loco de atar, o las cosas no eran como yo pensaba.

Oprimí el timbre que llevaba la indicación de «encargado» y esperé.

Poco después sonó un chasquido y la puerta se abrió automáticamente.

El hombre que me recibió, envuelto en una bata demasiado grande para él, por debajo de la cual asomaban los pantalones de un pijama a rayas, no era precisamente feliz en aquellos momentos.

—¿Qué infiernos le pasa a usted? —barbotó—. Debería haber llamado a la policía por alborotar a semejantes horas de la noche.

—Tómelo con calma. Va a tener pronto más policías aquí de los que podrá digerir en el resto de sus días.

—¿De qué está hablando?

—De Fulton.

—Es un inquilino. ¿Qué pasa con él?

—¿Sabe si está en su apartamento?

—No puedo saberlo. Entran y salen... centenares de personas al día.

—Acompáñeme. Vamos a comprobarlo.

—¡Espere un minuto, amigo!

De nuevo exhibí rápidamente mi credencial y dije:

—Traiga su llave maestra y deje de perder tiempo.

Sólo que ése individuo no era como «cara de rata».

Alargó la mano y detuvo la mía cuando ya me guardaba mi credencial.

—Deje que le dé un vistazo, ¿sí?

Lo hizo y soltó un gruñido.

—Estoy al cabo de la calle en estas cosas, amigo —dijo después, riéndose entre dientes—. Ahora es cuando voy a llamar a la policía.

—Muy bien, hágalo. Yo esperaré aquí. Pero no se sorprenda cuando levanten a todo el edificio en pie.

Eso le dio que pensar.

—¿De qué se trata, hombre? Viene usted aquí de madrugada y arma todo este lío sin una sola explicación.

—Se lo diré... Fulton es sospechoso de asesinato. Quiero comprobar si se trata del mismo tipo. Si no es él, nadie volverá a molestarle. Pero si se trata del mismo tipo, lo detendré.

—Bueno... si eso ha de evitar una alarma general en todo el edificio...

Fue en busca de su llave maestra y subimos al sexto piso.

—Aquí es —susurró.

—Llame usted y si responde hágase a un lado cuando abra.

—Muy bien...

Llamó repetidamente sin obtener ningún resultado.

—La llave —dije.

Abrió, mirándome asustado.

Empujé la puerta y saqué la pistola. El hombrecillo casi se cayó de espaldas al ver la enorme automática.

Tanteé la pared hasta encontrar la llave de la luz. Sólo entonces entré.

El reducido apartamento estaba sucio y hubiera podido ser muy cómodo con un poco más de orden y limpieza.

De Fulton no había ni rastro.

Desde el mismo apartamento llamé a la oficina del teniente Workman, di el nombre y la dirección de Fulton para que le fuera facilitado al policía cuando llegara y colgué.

—Podemos salir de aquí —dije—. Si Fulton regresa antes de la llegada de la policía no le diga una palabra de todo esto. ¿Entendido?

—Descuide. Le confieso que nunca me gustó el tipo.

Volvimos abajo. Yo regresé al coche, lo aparté de la acera y conduje hacia el apartamento de Ellen.

La muchacha se impacientó.

—¿Qué había allí, Greg?

—Nada. No ha vuelto a casa esta noche.

—Después de cometer un crimen, ¿qué esperabas que hiciera?

—Hay algo muy raro en todo esto, nena. Si Fulton es el asesino, ¿por qué se inscribió con su nombre, por qué anotó la matrícula de su coche? Lógicamente, cualquiera con sentido común habría adoptado una falsa identidad...

Tras un breve silencio, la muchacha dijo:

—Se me ocurre que cuando hizo todas esas cosas no pensaba matar a Libby; tan sólo divertirse con ella. Luego, algo le empujó a matar.

Casi brinqué en el asiento.

—¡Acabas de dar en el clavo, Ellen!

—¿Qué?

—Has acertado, casi con toda seguridad. Él no pensaba matar. Libby le obligó a hacerlo... cuando trató de avisarme a mí. Eso debió ocurrir. Lo cual nos lleva a otro punto no menos siniestro.

—¿Cuál?

—Tú.

—¿Qué quieres decir exactamente?

—Se vio obligado a matar, recuérdalo. Y con su verdadera personalidad. Y tú le conoces personalmente.

—¡Greg!

—Ajá.

—No puedes estar hablando en serio. Él no tiene nada contra mí...

—Cierto, eres tú quien tiene algo contra él. Tienes la llave de su condena... la llave que le encerrará en una celda para el resto de su vida.

Se estremeció.

Yo deseaba que ella supiera a qué atenerse. Conociendo el peligro es más fácil esquivarlo.

—Desde su punto de vista, tú debes desaparecer, seguro —añadí sin mirarla—. Puedes identificarlo personalmente.

—Greg... ¿qué voy a hacer?

—Mejor será que pienses en lo que voy a hacer yo. Me siento en parte responsable de ti, pequeña.

Detuve el auto cerca de su domicilio y apagué las luces. Encendí un cigarrillo y al cabo de un rato de silencio dije:

—Si tú desapareces esta misma noche, antes de que se haga público el asesinato de Libby, él se sentirá mucho más seguro.

—¿Quieres decir...?

—No estaba en su apartamento. No ha vuelto allí esta noche. Bueno... puede que esté esperándote.

Empezó a temblar espasmódicamente. La abracé, apretándola contra mí. Estuve besándola una eternidad, primero para calmarle e infundirle ánimos.

Después, olvidé mis propósitos altruistas y la cosa se complicó, de modo que mis propósitos al besarla sin tregua ya no tuvieron nada que ver con lo primero.

Hasta que alguien golpeó el costado del coche y el guardia dijo, dominando el tono sarcástico de su voz:

—¿No creen que hay lugares más adecuados para eso, jóvenes? Y más cómodos, diría yo.

—Tiene usted razón —dije.

—Llevo más de diez minutos aquí y ustedes en el limbo. Vamos, circulen.

Abrí la portezuela y salté a la acera.

—Va usted a acompañarnos a ese lugar cómodo... precisamente para que sea realmente cómodo. Tengo la sospecha de que un asesino está oculto arriba, esperando a esa chica.

—¿Pretende tomarme el pelo, amigo?

Me costó todo un discurso convencerle, y a pesar de que se avino a

acompañamos, lo hizo a regañadientes. Para él, estábamos tomándole la cabellera.

Realmente, estuvo a punto de perderla.

Capítulo VIII

SUBIMOS en silencio. Para entonces, el guardia había escuchado mis razones y empezaba a estar preocupado.

Se empeñó en ser él quien abriese la puerta.

Yo aparté a Ellen a un lado y le indiqué por señas que se mantuviera quieta y sin despegar los labios.

Luego, empuñé la pistola y esperé.

El policía introdujo la llave y empujó la puerta. Titubeó sólo un segundo antes de dar un paso hacia adentro.

Entonces, la mano, el cuchillo y la forma oscura de un hombre saltaron surgiendo de la oscuridad, y el guardia lanzó un grito y trató de retroceder.

Era demasiado tarde. Emitió un quejido y se derrumbó en mitad de la entrada, luchando por sacar el revólver de reglamento.

La sangre comenzó a extenderse por la impecable pechera de su uniforme.

Una cortina roja enturbió mi visión. Salté por encima del cuerpo derribado y rodé violentamente, hundiéndome en la oscuridad.

Cuando me detuve escuché. Oía un jadeo violento procedente del guardia, pero nada más.

Me moví sin disimular mi presencia. Inmediatamente, el tipo se me vino encima blandiendo su diabólico cuchillo. Le oí llegar y disparé.

El rotundo estampido debió levantar a todo el edificio, y a pesar de que no le acerté en aquella negrura, le detuve el tiempo suficiente para permitirme correr hacia un lado de la puerta. Cuando encontré la llave de la luz le di vuelta y allí estaba él.

Alto, delgado, la cara huesuda y los ojos muy hundidos.

Era el mismo tipo.

—Mejor será que suelte el cuchillo, Fulton—advertí—. Ya no va a servirle de nada.

Me miraba con los ojillos desorbitados, a punto de saltarle fuera de las órbitas. Era una mirada como para tenerla en cuenta.

—¡El cuchillo, maldito! —ordené con un rugido.

Empezaba a verlo todo del color de la sangre. De nuevo lo que me rodeaba estaba sufriendo una mutación absoluta. Ya no había muebles ni alfombras, ni paredes ni puertas.

Era una selva espesa y sombría en la que anidaba la muerte. Y nosotros éramos aliados de la muerte. Nos habían enseñado a convivir con ella.

Éramos ejecutores. La mano derecha de la muerte.

Fulton seguía allí, y a mí se me antojaba que estábamos inmensamente solos en un mundo de pesadilla.

—Querías el pellejo de la muchacha, ¿no es cierto, puerco? —le provoqué.

—¿Dónde... dónde está?

—Ahí, en el pasillo. Sólo tienes que salir. ¿No es divertido? Unos pasos tan sólo... Anda, inténtalo.

Oí rechinar sus dientes.

Entonces volteeé la pistola y la hice desaparecer en la funda.

—¿Lo quieres más fácil, carnicero?

Soltó un grito y dio un salto.

También el policía herido lanzó un aullido.

No hice caso a ninguno de los dos. Todos mis sentidos estaban pendientes del cuchillo.

Lo vi venir, sucio de sangre, como un rayo. Esperé aún... más y más, hasta que estuvo zumbando recto a mi costado.

Entonces disparé las manos. Atrapé su muñeca armada en la última partícula del tiempo disponible. Retorcí los brazos y el suyo se dobló de forma salvaje hasta que los huesos se quebraron y casi se lo arranqué de cuajo.

Empezó a aullar como una bestia. Pero no le solté el brazo roto. Tiré de él, obligándole a girar cada vez más rápido... más rápido... Luego, todo lo que hice fue soltarle.

Voló materialmente hasta empotrar la cabeza en el aparador.

Desde luego, lo hundió.

Fui tras él y lo atrapé cuando intentaba incorporarse. Su brazo pendía suelto a su costado.

Le agarré por los cabellos, encogí el brazo derecho hacia atrás y lo disparé. Llevaba los dedos rígidos cuando se los hundí en el costado, duros como barras de acero.

Sus ojos giraron en las órbitas y boqueó angustiosamente. Pensé que también Libby debió girar los ojos antes de perderlos.

Le solté los cabellos, dejándole que se derrumbara poco a poco.

Estaba a la mitad del recorrido hacia el suelo cuando lancé las dos manos planas contra ambos lados de su cuerpo.

Sonó un espeluznante chasquido. Dando tumbos, intentó alejarse, cegado por el dolor increíble que le laceraba, con las costillas rotas hundiéndose en su carne a cada movimiento.

Le cacé cuando llegaba casi a la puerta. Le agarré por el brazo sano y tiré de él, obligándole a enfrentarse conmigo.

Me miró sin verme, el rostro desencajado por la tortura infinita que parecía matarle poco a poco.

—Libby —dije, con voz que sonó como el chirrido de una sierra a toda marcha—. ¡Libby, maldito engendro! ¿Recuerdas lo que le hiciste?

Intentó soltarse. Le dejé que lo consiguiera y entonces le hundí la rodilla en la ingle.

Se vino abajo, pero antes que llegara al suelo, mi mano le alcanzó de refilón más abajo de la nariz y toda su dentadura superior se le atragantó.

Quedó hecho un ovillo, escupiendo sangre, con el brazo derecho doblado de forma absurda, jadeando como un fuelle.

El policía se había apoyado en la jamba de la puerta y estaba mirándome como si estuviera ante el representante de Lucifer.

En el pasillo, detrás de Ellen, se agolpaba un grupo de alarmados vecinos.

El guardia barbotó:

—¿Cómo infiernos lo hizo?

Le miré sin verle. Luego, la niebla roja se esfumó y volví a encontrarme sobre la tierra.

El asesino gimoteaba sin fuerzas. Le agarré por los cabellos y arrastrándole le llevé hasta cerca de la mesita del teléfono.

—Muévete y te arrancaré la cabeza —le advertí, mientras descolgaba el auricular—. Llamaré una ambulancia, no se mueva o perderá más sangre todavía.

—Estoy bien... —dijo el guardia.

Me costó un par de minutos lograr comunicación con el hospital.

Tras esto, llamé a la policía.

El teniente Workman no había regresado todavía, así que di aviso de lo sucedido, y estaba a la mitad cuando en la puerta el policía gritó:

—¡Cuidado!

Me volví en redondo.

El cuchillo descendía sobre mí como un relámpago.

Traté de echarme atrás.

Sonó un disparo.

El cuchillo me rozó, pero ya no llevaba fuerzas, de modo que sólo me desgarró la chaqueta de arriba abajo.

Fulton, los ojos como brasas, se hundió definitivamente en el infierno del que jamás debió haber salido.

El guardia sostenía el revólver humeante en la mano dispuesto a rematarlo si era preciso.

—No vi que recogiera el cuchillo... —masculló con voz débil, mirando el cuerpo que se desplomaba—. Debíó encontrárselo a mano. Por poco no lo cuenta usted, amigo.

—Acaba usted de hacerme polvo, de todos modos. Él era el único que podía decirme por qué mató a la muchacha, y por qué ella tenía miedo por mí...

—Lo siento, pero ese bastardo iba a matarle.

—Ya lo sé.

Acabé de hablar por teléfono y colgué.

Sólo entonces fui en busca de Ellen, la llevé al dormitorio y cerré la puerta. —Tranquilízate, linda. Ya pasó.

—Estaba esperándome, Greg... si no hubiera sido por ti ahora estaría muerta... —Terminó definitivamente. Es mejor que descanses aquí mientras yo me ocupo de todo lo demás. Los polizontes querrán saber muchas cosas... y maldito si sé qué he de decirles.

La besé y durante unos instantes se abandonó en mis brazos como una niña perdida en un bosque. Luego, retrocedí hacia la puerta y salí.

Entre los camilleros, el médico y los policías organizaron un embrollo que duró todo el resto de la noche.

Capítulo IX

LA policía me mantuvo en vilo durante casi todo el día siguiente.

Me cansé de prestar declaraciones, firmarlas, volverlas a repetir, y cuando todo estaba terminado hubo que volver a empezar en obsequio del fiscal.

De modo que hasta a última hora de la tarde no pude comunicar con el abogado Maddux, en San Francisco.

La noticia le hizo saltar.

—¿Quiere usted decir que Libby Daley está muerta? —rugió apenas terminé de hablar. —Asesinada para ser exactos. La policía está presionándome para que le revele el nombre de mi cliente. No podré mantenerle a usted al margen mucho tiempo.

Eso apenas pareció importarle.

—¿Quién la mató, Marlowe?

—Un tipo llamado Harry Fulton, con el que ella había emprendido una pequeña excursión.

—¿Por qué?

—¿Por qué la mató, quiere usted decir?

—¡Sí, sí!

—No lo sé. Nadie parece saberlo por el momento.

Hizo una breve pausa y después gruñó:

—¿Han detenido a ese tipo, Fulton?

—¿Detenido? Está muerto, señor Maddux. Un policía le metió una bala en la espalda. Creí percibir un sordo juramento.

—Está bien, Marlowe. Creo que usted ha cumplido su parte. Regrese cuanto antes.

—¿Y respecto a la policía?

—Si es absolutamente imprescindible, puede facilitarles mi nombre.

—Está bien.

—Pero debió usted haberme avisado tan pronto supo que ella estaba muerta... A propósito, ¿cuándo la mataron?

—Anoche. Usted es abogado, señor Maddux, de modo que no necesito decirle que la policía querrá saber dónde estaba usted precisamente...

—¡Al infierno con eso! Estuve en San Francisco y puedo probarlo.

Además, ¿para qué? Ya cazaron al criminal.

—Cierto, pero los polizontes tienen la manía de aclarar todos los detalles cuando se trata de un crimen de esta clase. Le veré en San Francisco.

Colgué.

Ellen, desde el diván, murmuró:

—¿Cuándo te marchas?

—Esta noche.

—Claro...

—Dime una cosa, Ellen.

—¿Qué cosa?

—¿Sigues pensando en ese pueblecito de Kansas?

Asintió con un gesto.

Lo pensé un poco. Luego dije:

—Espera un poco a decidirte. Dame tiempo

—¿Tiempo para qué?

—Para serenarme. Ni tú ni yo somos un par de párvulos y antes de adoptar una determinación quiero estar seguro de mí mismo.

—Esperaré, querido, aunque no mucho tiempo.

—Buena chica.

Pasamos buena parte del día juntos. Cuando llegó la hora de separarnos, casi estaba decidido a dar el gran salto. Ella era cuanto un hombre puede desear en este mundo. Aunque, si me detenía a pensarlo, eso mismo era lo que había creído cuando conocí a Rachel...

Volví al despacho del teniente Workman y le revelé el nombre del abogado.

—Le agradezco su confianza —gruñó—, aunque ahora ya apenas importa eso. El asesino está en el depósito de cadáveres y voy a cerrar el caso.

De modo que así quedaron las cosas.

Adquirí un billete para el avión de medianoche, pero cuando abandoné Los Angeles sabía que iba a volver muy pronto...

* * *

No puede negarse que mi llegada fue todo un acontecimiento.

No en el aeropuerto, por supuesto, sino en mi apartamento.

Descendí del taxi sintiéndome cansado como no recordaba haberlo estado desde hacía mucho tiempo. Dejé la maleta en el suelo y pagué el recorrido. Luego, eché a andar hacia la puerta del edificio.

Justo cuando estaba llegando a ella, los dos tipos se materializaron a mi lado como brotados de la nada, igual que un truco de prestidigitador.

—¿Marlowe? —gruñó el más bajito.

—Sí.

—Somos policías. No alborote y acompáñenos.

Quedé helado.

—¿Es una detención?

Me miraron casi con lástima.

—¡Hombre! ¿A usted qué le parece?

—¿Por qué?

—Lo sabrá cuando lleguemos. No discuta ahora. Hemos perdido tanto tiempo esperándole que estamos cansados.

Eché a andar escoltado por ellos. Tenían un coche en la esquina, y mientras uno daba la vuelta para tomar el volante, el otro abrió la portezuela del lado de la acera y gruñó: —Entre ahí.

Tiré la maleta dentro, pero entonces decidí variar un poco el programa.

Empuñé la pistola al agacharme, giré y le hundí el cañón en la barriga al bajito.

—Ahora, hablemos, muchacho —dije, rechinando los dientes.

—¡No sea loco!

El otro se quedó paralizado de estupor al otro lado del gran coche. Le advertí:

—Si mueves un dedo verás las tripas de tu amigo esparcidas por la acera. Y ahora, las credenciales, y rápido. He llegado con un humor de perros.

—¿Eso es todo lo que quiere, ver nuestras credenciales?

—Ni más ni menos.

No pudo contener un suspiro de alivio. Con mucho cuidado, metió dos dedos en un bolsillo y sacó una pequeña carterita de cuero. La abrió.

Dentro había una hermosa insignia plata y oro que yo conocía muy bien.

—No es suficiente —dije—. Cualquiera puede obtener un pedazo de latón como éste. —Es usted un tipo desconfiado, Marlowe.

—Por eso estoy vivo todavía.

Volvió a mover los dedos con cuidado para sacar la credencial.

La examiné con cuidado y resultó que estaba en regla, de modo que se la devolví y entré en el coche.

El gruñó:

—Entrégueme la pistola, Marlowe. Cometidos un desatino al no registrarle al principio. —Se equivoca. Cometieron un desatino al no identificarse de entrada... porque a estas horas podrían estar muertos los dos.

Le entregué el arma y me recosté en el asiento. Ambos se habían

quedado mudos.

—¿No pueden decirme de qué me acusan?

No hubo respuesta.

Pero observé que no nos dirigíamos al Precinto del distrito, sino a Jefatura. Eso me intrigó más aún.

En el despacho en que me introdujeron estaban el sargento Peters y otro hombre alto y grueso, de mirada aburrida y cabello corto y crespo.

Peters dio un respingo cuando entré, empujado por sus dos esbirros.

—¿Qué diablos pasa aquí, Rob? —exclamé—. Han organizado las cosas como si yo fuera el enemigo público número uno. ¿De qué se trata?

—Este es el teniente Meredith, Greg —explicó, en lugar de responderme.

—Muy bien, y yo Greg Marlowe. Ahora, ¿qué pasa aquí?

Peters miró al teniente.

Este dijo con calma:

—Está usted acusado de asesinato, Marlowe. ¿Necesita que le recite la fórmula legal, respecto a todo cuanto diga, etcétera, etcétera?

El asombro me dejó mudo.

Peters no sabía dónde mirar.

Pero el teniente sí lo sabía. Me miraba a mí, recto a la cara.

—De modo que asesinato —dije al fin, perplejo—. ¿Aquí, en San Francisco? —Naturalmente.

—¿Y cómo se supone que cometí el crimen, por telepatía?

—Con un revólver del «38», cuyo número de serie está registrado a su nombre. Las balas que acabaron con la víctima salieron de ese revólver. Un «Colt Cobra» por más señas.

—Tengo un revólver como éste en mi oficina.

—Ya no está allí. Ahora lo tienen en nuestros laboratorios.

—Peters, ¿quién es el que se ha vuelto loco? Acabo de llegar de Los Angeles y he estado allí estos últimos días.

—Habrás de probarlo... Los Angeles no está tan lejos que no puedas ir y venir en cuestión de horas.

—¡Maldita sea! No quiero creer que tú también te has vuelto idiota de repente.

—Es suficiente, Marlowe. El sargento Peters sólo está aquí en calidad de amigo suyo. Desde el principio se interesó personalmente en el caso y le he permitido seguirlo de cerca. Ahora, mejor será que deje de lado esa actitud y hable claro.

—Muy bien, teniente. ¿A quién se supone que maté?

—A un ex presidiario llamado Bucky Devon.

Casi me caí de espaldas.

—Ese individuo me escribió mía carta, ciertamente, pero jamás le vi.

—De nuevo está mintiendo. Usted le visitó dos veces en la penitenciaría.

—Eso es grande.

—Podemos demostrarlo. Los oficiales encargados del servicio de visitas le identificarán, Marlowe. Estuvo dos veces allí, entrevistándose con Devon. Es absurdo que trate de negarlo.

—Espere un minuto...

—No hay ninguna duda, Greg —gruñó Peters—. No creo que mataras a Devon sólo porque no te gustara su cara, pero lo encontraron en tu oficina, muerto de dos balazos. El revólver que lo había matado estaba en un cajón de tu mesa... y habías estado visitándole en San Quintín. Me dijiste que te había escrito pidiéndote que fueras a verlo... y tus visitas están registradas en el penal. ¿Qué fue lo que pasó, Greg, te atacó...?

—Peters, a ese paso no ascenderás en mil años. No maté a ese tipo, no estuve en San Quintín, jamás vi a Devon porque estuve en Los Angeles por otro asunto. ¡Hombre! Estoy tentado de cerrar la boca y dejar que este asunto siga adelante, sólo para ver cómo la policía se tira la mayor plancha de su vida...

El teniente dejó escapar un bufido.

—Está agotando mi paciencia, Marlowe, y no alcanzo a comprender qué se propone con una actitud absurda. Es el caso más claro de toda mi carrera, diga usted lo que diga.

—Muy bien, sigan adelante, pero antes díganme por qué suponen que maté a Devon.

—Eso habrá de decírnoslo usted.

Acerqué una silla y me dejé caer en ella cansadamente. Meredith dio un gruñido y un salto todo a la vez.

—¡No le he dicho que se sentara...! —barbotó.

—Estoy agotado, teniente. Y haga lo posible para no agotar también mi paciencia. Levante ese teléfono y llame a Los Angeles, a la policía. El teniente Workman podrá aclarar este lío, y cuando lo haga ustedes van a irse al infierno sin billete de vuelta.

Arrugó el ceño.

—¿Se empeña en agarrarse a esa historia de Los Angeles?

—No voy a decir una palabra más hasta que lo haya comprobado usted.

Empezó a dispararme una sarta de preguntas que llevaban veneno.

No respondí a una sola de ellas. Peters estaba lívido.

De modo que al fin se convenció de que no tenía nada que hacer por ese camino y de un zarpazo descolgó el auricular.

Fue cosa de diez minutos. Cuando colgó quien empezaba a ponerse pálido era él. Peters le miraba, esperanzado.

Encendí un cigarrillo y esperé, lanzando nubes de humo en su dirección.

Al fin, el sargento barbotó:

—¿Y bien, teniente?

—Es cierto... estaba en Los Angeles. Pasó la mayor parte del día en las oficinas de la Central, y luego en la de la fiscalía, testificando en un caso de asesinato ocurrido allí...

Empujé la silla hacia atrás y me puse cómodo.

—No se atropellen —dije—. Aceptaré sus excusas por turno, caballeros.

Peters lanzó un gran suspiro.

—En el fondo —murmuró—, siempre supe que no habías sido tú.

—Debió ser a gran profundidad. ¿Y usted, teniente?

—Bueno, díganos qué habló con Devon en el penal, por lo menos.

—Nada. No estuve a verle ni una sola vez.

—Su nombre...

—¡No lo repita, maldita sea! Consta en el registro, pero yo no estuve allí. Alguien se hizo pasar por mí. Si todavía no lo cree, haga que me identifiquen los encargados del servicio de visitantes, pero hágalo pronto porque estoy cayéndome de sueño.

—¿Conserva usted la carta de Devon?

—Debe estar en mi oficina.

—Lo registramos todo. No había ninguna carta allí.

—Entonces, el asesino se la llevó. No era una carta importante y la guardé en un cajón de la mesa.

—¿No había nada en ese escrito que le permitiera suponer qué era lo que Bucky Devon deseaba de usted?

—En absoluto. Todo lo que decía era que deseaba encargarme un trabajo, y que pagaría por él la tarifa acostumbrada.

Hubo un incómodo silencio que duró más de un minuto, mientras yo apuraba mi cigarrillo.

Después, el teniente Meredith gruñó:

—Podríamos suponer que alguien siguió a Devon cuando le pusieron en libertad, y que una vez él acudió a su oficina le mató...

—Baje de las nubes, hombre. Quien fuera que se cargó a ese tipo, era alguien que había estado antes en mi oficina, registrándola y encontrando el revólver con el que hizo los disparos. El fulano sabía de antemano que Devon acudiría a verme tan pronto le soltaran.

—Claro.

—Voy a acostarme —dije, levantándome—. Entretanto, vayan pensando en otra cosa, caballeros... Por ejemplo, en que quien fuera que se metió en mi oficina con tanta desfachatez, sabía seguro que yo no iba

a estorbarle porque estaba fuera de la ciudad.

Y ahora, teniente, si no le importa, dígales a esos aprendices que mandó en mi busca que me devuelvan mi petardo, ¿sí?

—¿Llevaba usted una pistola cuando le detuvieron?

—Seguro que la llevaba.

Pude advertir un breve estremecimiento en todo su corpachón.

—Pulsó un timbre y cuando un guardia asomó la cabeza por la puerta le dio una orden. Dos minutos después tenía mi automática en las manos.

Revisé la carga, incluso el cartucho de la recámara antes de enfundarla.

Tras esto, me despedí de mala gana y salí.

Rob Peters vino tras de mí apresuradamente.

—Espera un momento, Greg...

Me alcanzó en la calle. Allí me volví hacia él y le espeté.

—Eres un gran tipo, amigo. De modo que pensabas que yo era un asesino...

—Olvídalo. Todo estaba en tu contra. Pero hay algo que deseo decirte...

—Suéltalo. Un poco más y quedaré dormido en plena calle.

—Meredith revolvió medio mundo tratando de averiguar cosas de ti. Yo vi esos informes.

—¿Y...?

—Es sorprendente... Resulta que en estos tres últimos años, tú no has existido siquiera. —Ya te lo advertí.

—¡Maldita sea! ¿Qué infiernos estuviste haciendo? Nadie puede borrar tres años de una vida de ese modo, hasta el extremo de que ni siquiera la policía pueda desentrañar el misterio.

—Yo lo hice. Mejor dicho, otros lo hicieron por mí.

Y ahora, vete al demonio, Rob, y déjame que vaya en busca de mi cama.

—Tengo el coche aquí. Te llevaré.

—Eso es lo único sensato que has dicho en toda la noche.

Cuando me acosté casi amanecía. Estaba tan agotado, que ni siquiera tuve las insensatas pesadillas de costumbre.

Capítulo X

CUANDO desperté, el crepúsculo se cernía sobre la ciudad como la sombra de un gran murciélago.

Salté del lecho aturdido, con la mente embotada y convertida en un caos.

La ducha me despejó en parte. Hice café y engullí un par de tazas antes de comenzar a revivir.

Entonces pedí larga distancia por teléfono y llamé a Ellen.

Su voz resonó fresca y llena de vida a través del auricular.

—Hola, ángel —dije—. ¿Aún eres tan linda?

—¡Greg!

—¿Lo eres?

—Ya no tanto. He envejecido desde que te fuiste.

—Eso es cierto. Tienes veinticuatro horas más.

—Me alegra tanto oírte...

—Voy a ir a verte pronto, nena. El tiempo de arreglar un asunto aquí. Hay algo que debo decirte.

—Dímelo ahora.

—No por teléfono.

—Apuesto que podría adivinarlo.

—Una parte, quizá sí. La otra no. Y no es agradable.

—¿Qué te pasa, Greg? Tu voz suena rara ahora.

—¿Amarga quizá?

—Cierto, eso es.

—Tal vez sea debido a que es amarga. Cuando te vea todo será distinto.

—Por favor, Greg... No lo demores.

—Pronto.

—¿Sabes? Pienso cada vez más en mi refugio de Kansas.

—Puedes olvidarlo. Yo tengo otro refugio para ti, aquí, en San Francisco. No es Kansas, pero aún se puede respirar en este lugar.

—Estoy segura de que es hermoso.

—Volveré a llamarte.

—¿Esta noche?

—Seguro, nena.

—Hasta luego, Greg.

—Adiós, ángel.

Colgué, acabé de vestirme y abandoné el apartamento.

Tomé un taxi y le di la dirección de la oficina de Maddux.

Había algunas cosas que debían ser puestas en claro, aparte del asunto económico. Por otra parte, el picapleitos iba a tener trabajo para darme una explicación satisfactoria a todo lo que yo deseaba saber.

El edificio dedicado por completo a oficinas estaba vaciándose de su factor humano cuando me apeé ante la puerta. Una riada de macilentos oficinistas atravesaban la gran entrada, apresurados, fastidiados por la aburrida jornada que había terminado.

Entré, y busqué en el tablero del vestíbulo el nombre de John Maddux.

No lo encontré y el corazón me dio un vuelco.

Repasé la larga lista con todo cuidado hasta convencerme de que, realmente, el nombre de Maddux no constaba en ella.

Tras ese fracaso inicial, busqué la oficina de administración. Era un reducido cuchitril encristalado y había una muchacha detrás de la ventanilla.

—¿En qué puedo ayudarle, señor? —preguntó sin entusiasmo.

—Busco a un abogado llamado John Maddux. Las señas que me dio son las de este edificio, pero su nombre no consta en el tablero.

—¿Maddux?

—John Maddux, afectivamente.

—Ya no está aquí, señor.

—¿Qué quiere decir con eso, hermana?

—El señor Maddux alquiló el despacho condicionado, ¿sabe? Y ayer lo desalojó, anticipándose a la fecha límite.

—¿Qué significa alquiler condicional?

—Por un lapso de tiempo concreto, y sobre todo, corto. El tiempo del señor Maddux fue de treinta días.

—Ya veo... Supongo que no dejaría ninguna nueva dirección.

La chica sacudió la cabeza.

Le di las gracias y salí a la calle.

Busqué un bar que no fuera demasiado aséptico, pedí de beber y entre tanto consulté la guía telefónica.

No había un solo abonado al teléfono que llevara el nombre de Maddux. Para mayor seguridad, busqué en las páginas profesionales, donde constaba una relación increíblemente larga de abogados.

Maddux no estaba en ella.

Por lo menos, ya sabía a qué atenerme.

Entonces recordé la orden de pago por mil dólares. Me propuse hacer

algo al respecto a la mañana siguiente. Entre tanto, tenía muchas cosas en qué pensar...

Gené de cualquier manera en un tugurio que en otro tiempo fue propiedad de un italiano que solía realizar milagros en su cocina. Ahora, lo regentaba un individuo gordo y seboso, y la cocina parecía haberse vuelto estéril. Todos los platos tenían gusto a paja. Regresé al apartamento fastidiado, pensando sólo en hablar de nuevo con Ellen y en solucionar definitivamente mi situación.

Era sorprendente, pero incluso el misterio que envolvía la muerte de un hombre en mi propio despacho, y la súbita desaparición de Maddux quedaban en un lejano segundo plano.

De modo que llamé a Ellen. Fue una conversación endemoniadamente larga y que me salvó la noche.

Después de eso, seguí pensando en ella, pero ahora ya desde otro plano.

Para poder volver a verla necesitaba sacudirme de encima el inquietante misterio que me envolvía sin comerlo ni beberlo.

En contraste con la anterior, esa noche apenas si pegué un ojo.

* * *

La oficina central del Banco estaba en la empinada Forest Hill, en un edificio colonial que había conservado parte de su primitivo encanto.

Encontré un empleado dispuesto a atenderme y le mostré la orden de pago extendida a mi nombre.

—La recibí en Los Angeles —expliqué—, pero hube de tomar un avión antes de hacerla efectiva. ¿Podría cobrar aquí ese dinero?

Sonrió amablemente.

—Por supuesto, señor.

Esperé muy poco. Devolviéndome la orden dijo:

—Puede presentarla en caja, señor.

—Gracias. Ahora, otra cosa. ¿Podría hablar un momento con el empleado que atendió al señor Maddux?

—No sé... ¿Se trata de informes de nuestro cliente?

—No exactamente.

—Veré qué puedo hacer. Entretanto, vaya a caja y luego regrese a este departamento.

Lo hice así. Me embolsé mil dólares y volví al encuentro del empleado.

—Fue el señor Marshall —dijo—. Le atenderá enseguida. Por aquí.

El tal Marshall ocupaba un cubículo rodeado de cristal. Tenía el aspecto de uno de esos ejecutivos que sonríen en la televisión, brillantes

y agresivos.

—¿En qué puedo ayudarle? —se interesó, mostrándome una butaca.

—Se trata del señor Maddux... ¿Le recuerda usted?

—Por supuesto.

—Él me envió una orden de pago a mi nombre, a Los Angeles. Acabo de hacerla efectiva aquí.

—Ya estoy al corriente...

—El caso es que necesito ponerme de nuevo en contacto con Maddux y no puedo encontrarle. Dejó su oficina hace un par de días sin dejar nueva dirección, de modo que quizá ustedes puedan ayudarme.

—Por supuesto... si sólo se trata de eso.

—Eso es todo, naturalmente.

Se levantó y me dejó solo unos instantes. Cuando volvió, me entregó una tarjeta del Banco con el nombre y la dirección de John Maddux escritos en el reverso.

La dirección era la del despacho abandonado.

No quise hacer más preguntas. ¿Para qué? La cosa estaba muy clara. El hombre había abierto la cuenta exclusivamente para remitirme el dinero sin dejar el menor rastro que pudiera seguirse.

Un dinero destinado a mantenerme lejos de mi oficina, vagando por México detrás de un fantasma.

Sólo que algo había sucedido, y el fantasma se había asustado, materializándose para convertirse en cadáver horriblemente mutilado...

Pensar en Maddux empezaba a encolerizarme. Se había servido de mí para sus propósitos. Unos propósitos que habían conducido a dos asesinatos. Cuando pudiera echarle la vista encima iba a tener algunas cosas que explicarme.

Y con toda seguridad, no volvería a comer jamás con sus propios dientes.

Capítulo XI

EL teniente Meredith arrugó el ceño cuando invadí su despacho.

—Siéntese —gruñó—. Acabo de recibir un nuevo informe de la penitenciaría. Tengo la descripción detallada del visitante de Devon...

—¿El que se hizo pasar por mí?

—Sí... Ahora ya no me quedan dudas. No hay nada que coincida con usted en esos detalles. Lamento haberme equivocado de ese modo.

—Olvídelo. La cosa estaba bien planeada, sólo que algo imprevisto debió fallarles en el último momento.

—Habla usted como si supiera qué sucedió realmente.

—Tengo algunas ideas.

—Tal vez nos ayuden.

—Mírelo de ese modo, teniente: Bucky Devon escribió una carta dirigida a mí. Necesitaba mi ayuda y estaba dispuesto a pagar por ella. Sólo que tanto a él como a mí nos tenían vigilados, aunque maldito si sé por qué también a mí, a menos que alguien supiera de antemano que él pensaba dirigirme aquella carta.

—Siga. Hasta aquí, coincidimos.

—Había algo raro en el sobre. Aunque era difícil asegurarlo, pensé que había sido abierto y vuelto a cerrar, antes de llegar a mis manos. No le di demasiada importancia por varios motivos. Pensé que quizá las autoridades del penal habían decidido interceptar la correspondencia de los presos. Suelen hacerlo cuando correr el rumor de un motín o algo así. Por lo demás, no estaba muy decidido a acceder a los deseos de Devon.

Debieron abrirla antes que llegara a sus manos. Así, alguien supo que Devon trataba de obtener ayuda del exterior, y si pensaba contratar un detective era lógico pensar que confiaría en él.

—Eso es. Pero ¿qué podía confiarme?

—Eso no lo sé. Quizá estaba asustado y necesitaba un hombre de confianza que le guardara las espaldas al salir del presidio.

—Pudiera ser. Pero entonces tenemos una auténtica confabulación. Una confabulación que provocó otra muerte en Los Angeles. Porque ahora estoy seguro que lo sucedido allí está estrechamente relacionado con la muerte de Devon, teniente.

Hube de contarle con detalle lo sucedido desde mi llegada a Los

Angeles obedeciendo el encargo de Maddux. A medida que me escuchaba le vi entusiasmarse por momentos.

—¡Es una trama de las que provocan una tempestad en los periódicos, Marlowe! Va usted a tener una enorme publicidad gratuita cuando todo esto termine.

—No estaba pensando en la publicidad, sino en la pobre muchacha destrozada en aquel motel... Maddux la utilizó como señuelo para mantenerme alejado de San Francisco mientras liquidaba a Devon. De haberle salido las cosas bien, ella y su acompañante habrían entrado en México, dejando suficientes rastros para que yo pudiera seguirles, pero haciéndolo de modo que cuando yo regresara a San Francisco y me viera acusado del asesinato no pudiera presentar una coartada convincente para las horas inmediatas al asesinato.

—Un plan diabólico. Sólo falta echarle el guante a ese Maddux y...

—Eso no va a ser fácil.

Le conté la desaparición del supuesto abogado y todo lo que había averiguado respecto a él.

—Por supuesto, no se llama Maddux —dijo cuando terminé—. Va a darnos muchos quebraderos de cabeza.

Le enseñé los dientes en una mueca. No debió gustarle porque advertí que me miraba con aprensión.

—Tengo una esperanza —dije.

—¿De veras? Ya tiene más que yo.

—El asunto se les estropeó a causa de Libby Daley y su asesino. De modo que una vez hundido todo su plan, sólo identificando a Maddux será posible averiguar su verdadera identidad y llevarlo ante los tribunales. Y ahí radica mi esperanza. Yo soy el único que puede identificarle, teniente.

Lo pensó detenidamente. Poco a poco comprendió y se echó atrás en su sillón, mirándome preocupado.

—Ya veo —murmuró—. Usted cree que Maddux, o como se llame en la realidad, intentará eliminarle.

—Ni más ni menos.

—¿Y ésa es su esperanza?

—Exactamente.

—Está usted loco.

—Cuando lo intente, le cazaré. Y entonces pagará por todo lo que ha sucedido.

—O le matará a usted.

—Matarme a mí no es tan fácil, teniente.

Me observó calculadoramente.

—Eso me recuerda otra cosa —masculló—. Hice algunas

investigaciones respecto a usted, Marlowe, cuando creía que era el matador de Devon. No saqué nada en claro... en ninguna parte. Lo último que se sabe de usted, es que desapareció en Vietnam. Y luego, fue repatriado... con casi un año de retraso sobre los otros prisioneros. Todo el mundo le daba por muerto, entre otras razones porque no constaba en ninguna de las listas de prisioneros facilitadas por los vietnamitas.

—Sorprendente, ¿no le parece?

—Es algo más que eso.

—Entonces, déjelo como está o alguien acabará dándole un disgusto. Hay cosas que es preferible no removerlas más de la cuenta.

—No sé a qué se refiere, pero de todos modos no pienso continuar perdiendo el tiempo en esa dirección. Quien realmente me interesa ahora es ese picapleitos de pega.

—A mí también, pero rastrearlo, careciendo del menor indicio, es tarea para una organización, no para un hombre solo. De modo que le regalo todo el paquete, teniente, y que le aproveche.

Había una viva sospecha en sus ojos cuando escrutó mi cara.

—Quisiera estar seguro de lo que realmente se propone, Marlowe.

—Nada en absoluto. Sólo divorciarme.

—Hablar con usted es correr una carrera de obstáculos. ¿Qué nueva pirueta es ésta, qué tiene que ver un divorcio con todo esto?

—Nada en absoluto, sólo que necesito divorciarme para poderme casar de nuevo.

Me levanté y él me acompañó a la puerta. Nos estrechamos las manos y le dejé sumido en sus problemas, que no eran pocos si quería echarle el guante a Maddux.

* * *

The Paradise estaba lleno a rebosar cuando traspasé las cortinas de la entrada.

Igual que en mi primera visita al lujoso cabaret, me instalé en la barra y pedí whisky.

No pasaron ni cinco minutos, sin que dos de los gorilas a los que ya había conocido aparecieran. Ambos me observaban sin disimulo y parecían extraordinariamente preocupados.

Les hice una seña y se acercaron.

Uno gruñó:

—¿Va a armar gresca otra vez, Marlowe?

—Yo no empecé nada aquella noche, recuérdenlo. Fueron dos de sus camaradas quienes iniciaron el baile.

—Ahora no importa quién empezara... Mire, Marlowe, mejor es que

se largue. El señor Zender está furioso con usted. Si se entera de que ha vuelto es capaz de cualquier cosa. —Su interés por mí me conmueve, de veras. Pero he venido a hablar con mi mujer y no me iré sin conseguirlo.

A juzgar por el estupor que demostraron, ellos ignoraban muchas cosas.

—¿Su mujer está aquí?

—Hace ya mucho tiempo.

—¿Quiere burlarse de nosotros?

—Bien, para ser exactos, fue mi mujer. Ahora, ella quiere divorciarse y yo también, así que necesito hablarle.

—Nadie se lo impide —concedió el tipo, aliviado—. Pero después, mejor será que se vaya y tengamos la fiesta en paz.

—Eso mismo pienso yo, sólo que mi mujer es Rachel La Verne, según su nombre artístico.

Ambos dieron un respingo.

—¿Es un chiste, Marlowe?

Sacudí la cabeza.

—Desde luego que no.

Estaban perplejos y era evidente que no sabían qué determinación tomar.

Hasta que el más corpulento decidió:

—Voy a consultarlo. Tú no le pierdas de vista.

Se fue, y regresó como si hubiera rebotado. Parecía más preocupado que antes.

—Ella dice que es cierto, Mark —cacareó—. Y dice que quiere hablar con él en su camerino.

—Ya lo oyó, Marlowe. Pero nada de alborotar. Hoy no nos pillaría desprevenidos como la otra vez.

—Claro que no...

Apuré el whisky y fui en busca de Rachel.

Naturalmente, se hallaba en su camerino. Y junto a ella estaba también el inevitable Zender.

Ambos me miraron con evidente enojo.

El masculló:

—Tiene usted un cinismo asombroso, Marlowe...

—Tengo muchas otras cosas. Largo de aquí, hombre importante. Quiero hablar con ella a solas.

—Si cree que voy a dejarla sola con un salvaje como usted, olvídelo. Hable lo que quiera o váyase.

—¿Tú deseas que se quede, Rachel?

Ella esbozó un leve gesto de asentimiento.

—Muy bien, no hay mucho que decir, sólo que me han dicho que

tienes presentada una demanda de divorcio.

—Sí...

—Quiero que sea rápido, aunque no esperes sacarme ni un centavo. Aunque tuviera una fortuna no accedería a darte ni un níquel.

—¿No te opondrás a la demanda? —balbuceó.

—En absoluto, de modo que dile a tu abogado que active el asunto para acabar cuanto antes.

Zender gruñó:

—Le aconsejo que se busque usted también uno, Marlowe —cacareó Zender—. Va a necesitarlo porque pienso hundirle.

—Siga soñando, gordo. ¿Vas a activar el asunto, Rachel?

—Sí...

Zender volvió a la carga.

—Uno de mis empleados va a quedar inutilizado de modo permanente... Eso representa una fortuna en indemnización —se echó a reír—. Después de eso, Marlowe, podrá preocuparse de su divorcio.

—De modo que el tipejo se llevó una buena ración... No puedo decir que lo lamento. Y ahora escuche un consejo, hombre importante —añadí, acercando la cara a la suya, grasosa y congestionada—. Cuando me canse de soportarle, le aplastaré como una rata. No habrá influencias que le salven. De modo que ándese con tiento y déjeme en paz.

Le empujé y cayó sentado otra vez.

Estaba llegando a la puerta cuando ella murmuró:

—¿Hay una mujer, Greg?

—¿Te preocupa eso, nena?

—No, desde luego.

—La hay.

Salí y allí estaban los dos guardianes, esperando con cara de malas pulgas.

—Como ven, ha sido una entrevista estrictamente de negocios.

Les dejé allí plantados, seguramente pensando en qué lugar de mi anatomía sería más divertido hundirme un cuchillo.

Esa noche, las calles por las que deambulé de regreso a mi apartamento se me antojaron más limpias, más tranquilas que nunca.

Sólo que no lo estaban.

En ellas se agazapaban alimañas dispuestas a matar. No había modo de librarse de la violencia y eso yo debía haberlo sabido.

FINAL

AL doblar la esquina empezaron a disparar.

Las armas crepitaban cómo demonios enfurecidos y las balas aullaron al rebotar en la pared, sobre mi cabeza, mientras me zambullía por puro instinto.

Rodé por la acera, maldiciendo en todos los tonos.

Un coche se movió en alguna parte, con el motor zumbando suavemente.

Me acurruqué detrás de los autos estacionados y traté de ver desde donde me enviaban el plomo.

Una nueva andanada salpicó la carrocería, astillando los cristales.

Cuando asomé la nariz lo hice por encima del cañón de la «Luger». Vi el coche ganar velocidad a medida que se acercaba y disparé.

No había prisa. Cuando uno está en el baile, tanto da apresurarse como tomárselo con calma. Y con calma es posible afinar la puntería.

Mi primera bala penetró por el parabrisas. Sonó un alarido.

La segunda acabó de astillarlo y para entonces el coche daba bandazos sin control.

La tercera y la cuarta entraron casi juntas, pegadas una a otra por el boquete que había dejado el parabrisas al estallar.

Los gritos dentro del auto se multiplicaron. Una portezuela se abrió y un tipo saltó como un gamo.

La quinta bala le cazó en pleno salto, de manera que pareció enroscarse en el aire, para acabar estrellándose de cabeza contra el asfalto, donde quedó hecho un ovillo.

El coche pegó de refilón contra la fila de autos aparcados, produciendo un estrépito endiablado.

Otro fulano quiso probar suerte y brincó echando a correr. Mi sexto envío de plomo le dio en una pierna seguramente, porque rodó por el suelo y dio unas cuantas vueltas sobre sí mismo, pero volvió a levantarse y, renqueando, trató de escapar.

La séptima bala acabó con sus esfuerzos en el instante en que el coche atravesaba la calle y acababa por empotrarse violentamente contra una pared del otro lado.

Corrí agazapado hasta el montón de chatarra. Todas las portezuelas se habían abierto y pude advertir que dentro sólo quedaba un tipo.

O lo que restaba de él.

Estaba caído de bruces sobre el volante. Los restos de su cabeza reventada por una enorme bala de la «Luger» habrían ahuyentado hasta a un perro hambriento.

A mí me ahuyentaron también. No quería tener que dar demasiadas explicaciones, así que puse tierra de por medio mientras la calle empezaba a cobrar vida.

Volví por el mismo camino que había recorrido y me encontré en las inmediaciones de The Paradise apenas sin darme cuenta.

De modo absurdo, pensé si el importante Zender tendría algo que ver en el atentado, aunque yo estaba seguro de que la cosa había partido de Maddux.

No obstante, penetré en el cabaret y busqué a los matones con la mirada.

Sólo vi a uno de ellos, acodado en un extremo del mostrador.

Llegué hasta él y dije:

—¿Dónde está el resto de la manada, muchacho?

Dio un respingo y se volvió en redondo.

—¿Otra vez usted?

—Tengo mala noche. Nostalgia se llama a eso. Busca a tus camaradas y diles que quiero verlos reunidos aquí de inmediato. Hazlo o empiezo a romper cosas.

Dejó de titubear y saltó del taburete.

—Va a ganársela esta vez —dijo antes de alejarse.

Esperé. Por alguna extraña corazonada pensaba que quizá no hubiera más matones disponibles en esos momentos... porque estarían tumbados en una calle, rodeados de morbosos curiosos que comentarían la ruidosa batalla.

Me llevé un chasco. Apareció todo el rebaño excepto uno, que debía ser el que había quedado inutilizado de modo permanente. Incluso hizo acto de presencia el que tenía la mandíbula rota, que se sostenía por un complicado aparato cubierto de vendajes.

Vinieron hacia mí en compacto grupo, silenciosos, sombríos... y preocupados. Ninguno había olvidado nuestro primer encuentro.

—¿Qué quiere ahora, Marlowe?

—Me equivoqué. Debiera pedirles disculpas.

—¿Va a marcharse pacíficamente, o ha vuelto para que le echemos a puntapiés?

—Ya he dicho que me equivoqué.

Esbocé un gesto de despedida y me encaminé a la salida.

No se fiaban, desde luego. Me siguieron como una jauría de sabuesos ansiosos de pelea.

En el vestíbulo, el que había hablado hasta entonces se adelantó cerrándome el paso.

—Es la última vez que le advierto, Marlowe. No vuelva jamás por aquí. ¿Está claro?

—Perfectamente. Uno se equivoca de vez en cuando.

Entonces sucedió.

Pudo haberme clavado un cuchillo si hubiera dispuesto de él.

No lo tenía a mano, de manera que lanzó su derecha hacia arriba con toda la ira que había acumulado durante días y días. Me cazó como un pajarillo, bajo el mentón, y sentí cómo mis pies perdían contacto con el suelo.

Cuando cesé de dar tumbos hacia atrás fue porque me estrellé contra el reducido mostrador del guardarropía, di una voltereta por encima y aterricé al otro lado, envuelto entre las piernas de una histérica muchacha que gritaba como una loca.

Traté de quitármela de encima, pero ella estaba intentando lo mismo, aunque en una dirección equivocada. Acabó enroscada a mí sin dejar de gritar. La levanté en vilo sin que dejara de sacudirme tirones a las ropas. Sus piernas, largas y desnudas, se agitaban como aspas de molino.

Al fin la arrojé lejos de mí. Sólo que ella seguía aferrada a mis solapas y parte de mi chaqueta se fue con ella.

Para entonces, el grupo estaban pegados al mostrador. Uno empuñaba una sólida matraca. Los otros, esperaban que estuviera a su alcance para sacudirme otra vez.

—No podían mantener las manos quietas, ¿eh? —dije.

—Usted tenía que acabar hecho trizas tarde o temprano.

—No será esta noche en todo caso. Tengo cosas más urgentes que hacer.

Era cierto. No quería perder tiempo allí, ni siquiera para devolverle al matón su rotundo puñetazo.

De manera que les enseñé la «Luger» por encima del mostrador, advirtiéndoles:

—Si insisten, esta vez la fiesta será más ruidosa que de costumbre.

No podían creerlo. Miraban la pistola como si vieran una serpiente.

—Vamos, muevan los pies y desaparezcan de aquí. Un cañonazo de este trasto levantará en vilo a todo el distrito.

El de la matraca fue el primero en decidirse, y en unos segundos hubieron desaparecido más allá de los pesados cortinajes del arco de entrada.

Entonces me ocupé de la muchacha. Estaba sentada en suelo, con su diminuta falda arrollada hasta la cintura y sosteniendo sobre su regazo el jirón de mi chaqueta que me había arrancado.

—Lo lamento, pequeña.

—¡Usted... bruto...!

La levanté en vilo dejándola de pie y recuperando aquel pedazo de mi vestimenta. Al quitárselo de las manos, todo lo que había en el bolsillo cayó al suelo.

Instintivamente, nos agachamos los dos para recogerlo. No era apenas nada. Un paquete mediado de cigarrillos y la fotografía de Libby Daley.

La muchacha se quedó mirándola y después levantó sus bonitos ojos hacia mí.

—¿Es usted amigo de Molly? —balbuceó.

—¿Molly?

—¿Es usted amigo suyo?

Agitó la fotografía ante mis narices._

Algo empezó a zumbar dentro de mi cráneo.

—¿Se llama Molly?

—Sí... Molly Dutton. Trabaja aquí, ¿sabe? Creí que era su amigo al ver que tenía usted su fotografía.

Fue así de sencillo.

O de absurdo.

Como todo el maldito embrollo.

—¿Quieres decir que esta chica trabaja en este local?

—Claro... Bueno, ahora está fuera. Pero cuando regrese tendrá la plaza disponible. Tuvo una suerte fantástica...

Pensé que esa suerte la había llevado a caer bajo el cuchillo de un sádico carnicero, pero sólo dije:

—¿Por qué tuvo suerte?

—Porque el señor Zender le dio vacaciones. Con todo pagado, ¿sabe usted? Ella misma me lo dijo. Aunque... pensando lo que a Molly debió costarle obtenerlo creo que no es tanta suerte después de todo.

Apenas la escuchaba.

Zender había pagado unas vacaciones a Molly, la cual había sido utilizada como anzuelo bajo el nombre de Libby Daley para mantenerme lejos de San Francisco.

Le quité la fotografía y la guardé en otro bolsillo.

—Pequeña, no hables una palabra de eso con nadie si sabes lo que te conviene.

Aunque después de esta noche no creo que eso importe mucho. ¿Dónde hay un teléfono aquí?

—Las cabinas están en el sótano, pero si quiere llamar desde el mío...

—¿Pueden escuchar desde los otros?

—No, es de línea directa.

—Entonces sí.

Hablé con el teniente Meredith, y aunque por teléfono no le di explicaciones, sí traté de convencerle de que la cosa era urgente. Después colgué y me volví hacia la muchacha.

—Acabas de sentenciar a tu patrón, pequeña. Lo mejor que puedes hacer es marcharte de aquí sin perder tiempo... antes que las cosas se pongan demasiado calientes.

Le dejé allí, boquiabierta y asustada, y entré de nuevo en el local.

Mi aspecto, con la chaqueta desgarrada, era como para llamar la atención, y la llamó. Pero no había ningún gorila a la vista, por lo que deduje que se encontraban en presencia del hombre importante informándole de lo sucedido.

Me deslicé hacia los camerinos y sin llamar abrí la puerta del que ya conocía.

Rachel giró sobre el taburete y esta vez estaba sola.

Cerré la puerta tras de mí y me acerqué a ella. Algo debió ver en mí que alejó el color de sus mejillas.

—¡Greg! —exclamó—. ¿Qué pretendes...?

—Mira esta foto, nena...

La miró. Dio tal respingo que por poco no cayó fuera del taburete.

—Veo que no son necesarias más explicaciones, Rachel.

—¿Qué... qué estás diciendo?

—Acompáñame al despacho de Zender. Vamos a celebrar una pequeña fiesta.

—¡Espera, Greg!

—No queda tiempo para esperas. Nunca imaginé que llegases tan bajo, que te hundieras hasta el crimen para conseguir la riqueza que siempre habías ambicionado.

—¡No es lo que tú piensas, Greg! —chilló—. ¡Tienes que escucharme!

—Tú sabías toda la trama. Sabías que esa pobre chica estaba siendo utilizada para mantenerme lejos de la ciudad, mientras aquí se cometía un crimen que iban a endosarme bonitamente. ¡Lo sabías todo!

—¡Sí, sí, pero yo no intervine para nada en todo ello! Les oí hablar de este asunto, eso es todo.

—¡Qué cosas!

—¡Créeme, Greg!

—Igual que creería al diablo, nena. Andando, veamos qué nos cuenta el gran Zender. Temblaba, y estaba tan pálida como un sudario.

—No puedes hacerme eso a mí, Greg... aunque sólo sea por nuestro pasado juntos, por lo que representé para ti... Tienes que darme una oportunidad... ¿No lo comprendes, o qué clase de hombre eres tú?

—Lo estás haciendo muy bien, de veras. Pero no dices nada de lo que deseo oír. Por ejemplo, por qué se organizó todo esto.

—Yo... no sé...

—Vamos.

La arrastré hacia la puerta sin que ella dejara de gimotear.

Luego, antes de salir, se rindió.

—¡Te lo diré si prometes no mezclarme en esto, Greg!

—Pero ¿realmente crees poder librarte?

—Sí, con tu ayuda.

—Es grande.

—Ellos querían el archivo de Devon... todo su archivo secreto, que había mantenido oculto todos estos años... Hicieron planes... calcularon... Podían obtener más de dos millones en menos de un año con el chantaje. Sólo tenían que acoderarse del archivo de películas y fotos y exprimir a los hombres y mujeres que aparecen en ellas.

—Ahora estás diciendo algo.

—Me ayudarás, Greg. ¿No es cierto? ¡Tienes que ayudarme...!

—Sigue hablando. ¿Por qué me eligieron a mí como chivo expiatorio?

Desvió la mirada y su cara se volvió de color gris.

—Fue cosa de Zender —balbuceó.

—O tuya.

—¡No!

—Importa poco. ¿Por qué yo?

—Daley había hablado con alguien en la cárcel de que pediría ayuda a un detective para recuperar la maleta donde guardaba todo... Ellos necesitaban a alguien que se hiciera pasar por el detective, y cuando apareciste tú lo planearon todo cuidadosamente. Tenían un soplón en el penal y fue éste quien le habló de ti a Devon, hasta que te escribió. Lo demás fue muy fácil...

—Ya lo creo que lo fue.

—Aún no comprendo...

—¿Qué no comprendes, por qué asesinaron a Libby?

—¡Te juro que nadie me habló nunca de que se vertería sangre, Greg! Todo era una especie de estafa colosal a un chantajista...

—Tampoco a Libby, o Molly, como ahora sé que se llamaba, debieron mencionarle que se trataba de matar a Devon. Pero de algún modo lo supo. Seguramente por medio del individuo que le asignaron como partenaire en la comedia. Fulton debía ser un fulano sádico y que no pudo mantener la boca cerrada...

—Pero ¿por qué había de matarla? Ella no sabía nada de nada.

—Cuando él habló supo más de la cuenta y se aterrorizó. Por eso fue

que me telefoneó. Era lo único que podía hacer... obligarme a regresar a San Francisco, para que me librara del complot y evitara así que Devon fuera asesinado en mi despacho. Sólo que Fulton debió sorprenderla y perdió la cabeza.

—¿Te convences de que yo no tuve nada que ver en esto, Greg? —gimoteó.

—¿Quién es el socio de Zender, el que se hizo pasar por abogado?

—Es realmente su abogado... son socios en algunos negocios también, y planeaban embolsarse más de dos millones en poco tiempo... Se llama Jason Disdale...

—Disdale... Maddux... ¿Qué más de un nombre que otro? Llévame al despacho de Zender. Vamos a terminar con esto de una vez.

—¿Y yo, Greg, qué será de mí?

La miré y durante unos instantes el pasado se agolpó en mis recuerdos. Ella siempre había sido ambiciosa. Vivía sólo para el dinero, las joyas caras, los vestidos exclusivos...

—No creo que te sienta muy bien el modelito gris de la penitenciaría. Echa a andar, nena.

—¡No puedes hacerme esto, Greg!

—Anímate. Ningún jurado te condenará demasiado severamente si sabes hacerles una buena exhibición de muslos sentada en el banquillo.

La empujé por el pasillo. La seguí hacia unas escaleras que se encaramaban retorciéndose hasta el primer piso.

Allí había una puerta y ante ella Rachel titubeó.

—Si das la alarma te haré daño, nena —advertí, acercando el oído a la puerta.

Se oían voces confusas dentro.

Saqué la pistola, abrí la puerta y me colé dentro empujando a Rachel violentamente. Zender se levantó de un salto.

La muchacha trastabilló hasta detenerse contra la pared.

El otro hombre se volvió en la butaca, levantándose muy despacio.

—Hola, señor Maddux-Jason Disdale —dije con sarcasmo—. Se dio mucha prisa en borrar sus huellas. ¿Dónde diablos pensaba usted que iba a poder rendirle mis informes?

Los dos miraron primero la pistola. Después me miraron a mí. Por último, los ojos de ambos se clavaron en Rachel, preguntándose si les habría delatado.

—Efectivamente, caballeros —añadí—. Rachel ha decidido cargarles con el mochuelo.

—¡Maldita! —estalló Zender.

—Muévase y le agujereo la panza, hombre importante.

Estaban perdidos y lo sabían. Hay momentos en la vida de un

hombre, momentos críticos, desde luego, en que las situaciones aparecen con extraordinaria nitidez, incluso para una mente obtusa.

Disdale balbuceó:

—Aún podemos libramos... es la palabra de esa zorra contra la nuestra y usted lo sabe. —Mal picapleitos debe ser usted, Disdale, si realmente piensa eso.

Zender era más práctico.

—Una parte para usted, Marlowe —propuso—. En su vida podrá reunir tanto dinero. Asíciase a nosotros y tendrá doscientos mil dólares.

—¿Pretende estafarme? Ustedes pensaban obtener más de dos millones en poco tiempo. Anda usted muy mal de matemáticas, Zender.

Lanzó una mirada asesina hacia Rachel y luego gruñó: —Muy bien, tres partes iguales. Una para Jason, otra para usted y otra para mí. Todo lo que tiene que hacer es mantener cerrada la boca.

—Seguro. Hasta que puedan rebanarme el pescuezo. Usted, Disdale, acérquese.

—¿Para qué?

—¡Acérquese!

Vino hacia mí con pasos vacilantes, temiendo que le metiera un plomo en la barriga.

No lo hice, a pesar de que ardía de ansias por hacerlo.

Sólo le sacudí salvajemente en la cresta con el cañón de la pistola.

Se arrugó como una vela.

Entonces, sobre la mesa de Zender se encendió una pequeña luz roja.

—¿Qué significa eso, gordo?

—La policía... abajo...

—Ajá. Demasiado pronto.

Guardé la pistola y fui hacia él, mientras en todas partes comenzaban a resonar gritos. Quiso retroceder, pero era demasiado lento. Comencé a golpearle científicamente, haciendo honor a las lecciones brutalmente aprendidas de hombres que vestían uniforme, pero que se habían especializado en el arte de destruir en nombre del deber. Zender rebotó de un lado a otro, aullando, chillando como una rata.

Sólo que a cada golpe sus chillidos perdían potencia hasta convertirse en agónicos quejidos. A cada nuevo golpe pensaba en Libby y en la manera como había muerto, y me sentía hundir en la vorágine mortal que sabía cómo acabaría, arrastrándome a un torbellino rojo como las llamas del infierno.

No advertí cuando abrieron la puerta, ni oí sus gritos, y el primer policía que intentó sujetarme recibió un trallazo detrás de la oreja que le mandó a dormir, y otros me saltaron encima y organizamos un tumulto en medio del cual Meredith intentaba poner paz.

Al fin pudieron sujetarme entre cuatro corpulentos guardias, aplastándome contra la mesa, casi partiéndome por la mitad.

Entonces el teniente masculló:

—Tranquilo, Marlowe, o le encadeno.

Parpadeé, regresando a este mundo después de una excursión por la locura destructiva que aún ardía en mi sangre.

—Está bien, teniente, ya pasó. Dígales a sus esbirros que dejen de exprimirme. —Suéltelo.

Lo hicieron con cautela.

Entonces vi lo que quedaba de Zender.

No era gran cosa después de todo.

—¿Qué infiernos le dio, hombre? —exclamó Meredith—. Un poco más y tenemos que recoger los pedazos con una pala.

—Así tuvieron que recoger a la muchacha...

—¿Está seguro que se encuentra usted bien?

—Perfectamente.

Mi mirada tropezó con Rachel, aún acurrucada en un ángulo de la estancia.

—Póngale las esposas, teniente. Ella le contará la historia completa y le aseguro que es edificante.

—Greg... por piedad —sollozó.

—No hubo ninguna piedad para Libby... Sólo enséñales las piernas y quizá te libres.

Pero de momento, repite lo que me contaste a mí.

—Sí, sí... pero no me abandones ahora, Greg. ¿Qué puedo hacer yo sola?

Le volví la espalda.

—Lo mismo que estabas haciendo con Zender, imagino.

Estaba en la puerta cuando Meredith me cazó al vuelo.

—¿Adónde diablos cree que va? Necesito su versión de los hechos. Completa y firmada.

—Este es su trabajo, teniente, de modo que gánese el sueldo.

Me marché a buen paso dejando atrás toda aquella basura.

Caminé una eternidad sin otro rumbo que la inercia. Las calles estaban oscuras y desiertas y uno podía sentirse solo por una vez en la vida. Sólo y libre, respirando a pleno pulmón el aire salobre de la bahía, viendo estremecerse la ciudad bajo el manto de la noche, pronta a desperezarse de nuevo para reanudar su loco ritmo de siempre.

Sólo que esta vez, cuando amaneciera, mi ciudad estaría un poco más limpia.

Repentinamente, vi un gran escaparate iluminado y me detuve.

Había multitud de folletos de vivos colores, y un buque en miniatura,

y las maquetas de aviones comerciales.

Tardé algún tiempo en darme cuenta que era una agencia de viajes. Entonces entré.

Capté la mirada de susto del empleado que había tras el mostrador. Le vi retroceder a medida que yo me acercaba.

—Por favor —dije—. ¿Cuál es el primer vuelo para Los Angeles?

—Este... a las seis quince...

—Quiero un pasaje.

—Sí, claro... lo que usted... diga...

Le miré comenzando a escamarme.

Sólo entonces caí en la cuenta de mi aspecto.

Llevaba el traje hecho jirones, y los puños manchados de sangre, y había sangre en mis ropas y hasta en mi rostro.

Sangre del hombre importante.

Traté de sonreír.

—Tuve... este... un accidente. ¿Por favor, un pasaje para Los Angeles?

El tipo tragó saliva, pero relleno el boleto, pagué y salí dejándole que al fin respirase en paz.

Realmente, en aquellos instantes ya estaba rumbo a los brazos de Ellen, en Los Angeles.

FIN